
JUAN GÓMEZ-JURADO BÁRBARA MONTES
AMANDA BLACK
EL CAMINO DEL NINJA
Lectulandia

«SU FINAL ES TU PRINCIPIO».

Aquel atardecer nada me hizo pensar que, apenas unos días más tarde, iba a conocer a la persona más genial de todas las que conozco. Tampoco nada me hizo pensar que iba a tener que dejarla marchar.

Cuando nos enteramos del terremoto que había sacudido Japón, no me pareció algo grave. ¡Me equivocaba! El temblor, aparentemente inofensivo, había producido una serie de derrumbes que habían dejado al descubierto un sistema de cuevas donde se esconde una peligrosa arma milenaria. Y, claro, alguien tenía que asegurarse de que no cayera en las manos equivocadas.

Así comenzó mi viaje a Japón, creyendo que sería uno como tantos otros. No tenía manera de imaginar que esta misión me cambiaría la vida para siempre.

Juan Gómez-Jurado & Bárbara Montes

El camino del ninja

Amanda Black - 9

ePub r1.0

Titivillus 14.07.2024

Título original: *El camino del ninja*
Juan Gómez-Jurado & Bárbara Montes, 2023
Ilustraciones: David G. Forés

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Bárbara y Juan quieren dedicar este libro a Marco, Javi
y Elalejandrillo

Personajes

Amanda Black: vive con su tía Paula desde que sus padres desaparecieron al poco tiempo de nacer ella. Ahora, con trece años, ha descubierto la verdad sobre sus orígenes: es la heredera de un antiguo culto dedicado a la diosa egipcia Maat, cuya misión es encontrar y robar objetos mágicos (y no tan mágicos) que, en malas manos, podrían ser peligrosos para la supervivencia de la humanidad. Además, tiene que lidiar con los típicos problemas de una adolescente, que no son pocos, y entrenar a diario para que los poderes que empezaron a manifestarse el día que cumplió trece años puedan desarrollarse hasta su máximo potencial.



Tía Paula: es la tía abuela de Amanda, además de su tutora y exigente entrenadora. Nadie sabe la edad que tiene, ya que aparenta entre treinta y cinco y cincuenta y cinco años. Afirma que ya no está en forma; sin embargo, Amanda cree que eso no es del todo cierto: ha visto a su tía hacer auténticas proezas durante los entrenamientos a los que la somete a diario.

Paula haría cualquier cosa por Amanda, y lo que más le preocupa es mantener a la joven a salvo de todos los peligros que suponen la herencia que ha recibido al cumplir trece años.



Eric: es el mejor amigo de Amanda, no solo van juntos al mismo instituto, además, Eric la acompaña allá donde la lleven sus misiones. Es un auténtico genio de los ordenadores y puede piratear cualquier red. Antes de conocer a Amanda era un chico solitario con el que todos se metían, ahora ha ganado confianza y nada se interpone en su camino… Algo normal cuando te enfrentas continuamente a peligros que podrían costarte la vida. Sus tres personas favoritas son su madre, Amanda y Esme, de quien, además, está superenamorado.



Benson: es el misterioso mayordomo de la familia Black. Parece adivinar los deseos y necesidades de Amanda antes de que

esta abra la boca. Aparece y desaparece sin que se den cuenta y parece llevar en la Mansión Black más tiempo del que sería natural: Amanda descubrió una fotografía muy antigua en la que aparecía Benson y… ¡estaba igual que ahora!

Se encarga de todo el equipo necesario para las misiones de Amanda y Eric y es el inventor de los artilugios más sofisticados. También sabe pilotar los automóviles, aviones y helicópteros que se guardan en el taller de la Mansión Black y está enseñando a Amanda y a Eric a manejarlos. Para Amanda y la tía Paula, Benson es un miembro más de la familia, y así se lo han hecho saber en numerosas ocasiones.



Esme: va al instituto con Amanda y Eric, y, de hecho, los tres son inseparables. Conoce la herencia de Amanda y siempre está dispuesta a echarle una mano cuando su amiga lo necesita. Le encantaría acompañarla en sus misiones y cuenta con que algún día se lo pida, pero mientras tanto, se alegra de tenerla como amiga y estar siempre al tanto de sus últimas aventuras. Hace poco comenzó a salir con Eric y ambos están muy enamorados. A los dos les encanta pasar tiempo con Amanda, pero ella siempre está buscando la manera de conseguir que Esme y Eric pasen tiempo a solas.



Lord Thomas Thomsing: lord inglés perteneciente a una familia que, en la antigüedad, fue una poderosa aliada de los Black. Tras la utilización por parte de uno de sus antepasados de un amuleto mágico (con consecuencias desastrosas), la familia del lord fue expulsada del culto a la diosa Maat. Ahora, tras demostrar lord Thomas su fidelidad y su valor, los Thomsing han recuperado su lugar junto a la familia de Amanda, de lo cual, la tía Paula se alegra mucho (muchísimo).



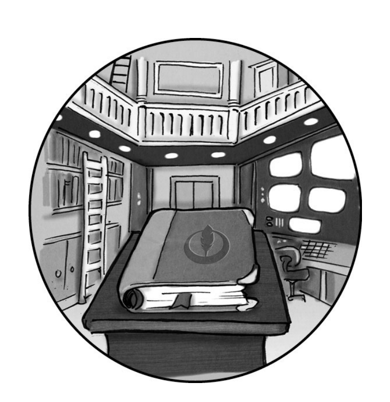
Lugares

Mansión Black: el hogar de los Black desde hace cientos de años. Amanda recibió la mansión y todo su contenido como herencia al cumplir trece años. Si bien su exterior está bien conservado, el interior es otra cosa. Han podido habilitar algunas de

las habitaciones para su uso diario, pero la gran mayoría todavía está en un estado cochambroso y casi ruinoso. Poco a poco, la tía Paula, Benson y Amanda van trabajando para devolverle todo su esplendor. Lo malo es que, a pesar de tener la fortuna que heredó la joven, no pueden hacer uso de ella para hacer obras porque temen que alguien pueda descubrir los secretos que se guardan en su interior. La Mansión Black tiene pasadizos ocultos, habitaciones que aparecen y desaparecen y muchas cosas que Amanda todavía no ha descubierto.



El taller: así es como llaman al sótano de la Mansión Black y es donde se preparan todas las misiones de Amanda y de Eric. Dentro del taller se esconde la Galería de los Secretos, en la que se conservan los objetos robados en cada misión (de la cual mientras sigan siendo peligrosos no volverán a salir). Además, cuenta con los ordenadores más potentes; un hangar, en el que se guardan las aeronaves (algunas supersónicas) que necesitan para desplazarse por todo el mundo en tiempo récord; un enorme vestidor con todos los trajes necesarios, desde ropa de escalada a vestidos de fiesta; una biblioteca; una zona de estudio, y parte del circuito de entrenamiento que Amanda tiene que hacer a diario (la otra parte está en los jardines de la Mansión Black, si bien, en la actualidad, es bastante generoso llamarlos «jardines»).




EL DÍA QUE CUMPLÍ TRECE AÑOS RECIBÍ UNA CARTA MISTERIOSA.


ASÍ SUPE QUE SOY LA HEREDERA DE UN CULTO DEDICADO A LA DIOSA MAAT QUE SE REMONTA AL ANTIGUO EGIPTO.


¿QUÉ SIGNIFICA ESTO? QUE DEBO SACAR DE LA CIRCULACIÓN OBJETOS QUE SEAN PELIGROSOS PARA LA HUMANIDAD.
Y POR «SACAR DE LA CIRCULACIÓN» ME REFIERO A ROBAR.
MI HERENCIA CONLLEVA ALGUNOS DONES, COMO UNA FUERZA Y UNA VELOCIDAD EXTRAORDINARIAS (SIN SER YO UNA SUPERHEROÍNA NI NADA DE ESO).

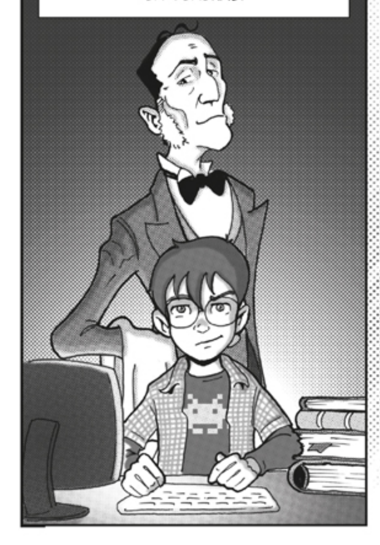
POR CIERTO, MIS PADRES DESAPARECIERON POCO DESPUÉS DE QUE NACIERA Y ME HE CRIADO CON MI TÍA ABUELA PAULA.





LA TÍA PAULA ME ENTRENA PARA DESARROLLAR AL MÁXIMO MIS HABILIDADES Y PODER LLEVAR A CABO TODAS LAS MISIONES CON ÉXITO.

TAMBIÉN CUENTO CON LA AYUDA DE BENSON, NUESTRO PECULIAR MAYORDOMO, Y LA DE ERIC, MI MEJOR AMIGO, UN GENIO DE LOS ORDENADORES Y DE LA TECNOLOGÍA EN GENERAL.



ME LLAMO

AMANDA BLACK

Y ÉSTA ES MI HISTORIA.

Prólogo

Una sombra se cierne a toda velocidad sobre mí. Puedo esquivarla por los pelos, pero antes de recuperar el equilibrio sobre la rama en la que me encuentro, la sombra se revuelve y me golpea de nuevo haciéndome caer. En el último momento, puedo sujetarme a otra rama más baja que se parte con el peso de mi cuerpo; sin embargo, ya me ha dado tiempo a prepararme para la caída. Según rozo el suelo, ya estoy preparada para plantarle cara a mi atacante.

Desde abajo veo a Hiro pelear con tres enemigos a la vez. Es ágil, flexible, veloz.

Sus golpes se suceden a la velocidad del rayo. Uno, otro, otro más. Consigue dejar fuera de combate a uno de los Orochimaru, que cae junto a mis pies, pero uno nuevo ocupa su lugar.

Debo dejar de mirarlo.

Tengo mis propios problemas.

Frente a mí se materializa la sombra que me ha atacado en el árbol y no parece que venga con buenas intenciones. Me lanza algo que no llego a ver y que esquivo con facilidad. La velocidad es una de las ventajas de ser una Black y, en ese instante y en los que le siguen, me siento muy agradecida por ser quien soy. El tipo ese me ha arrojado una especie de estrellas dentadas que han ido a clavarse en los troncos de los árboles situados a mi espalda.

Vale, seguramente el ninja no pretendía eso, pero ahora YO me hago con sus armas. Esquivo sus golpes y ataques mientras serpenteo entre los árboles, haciéndome con todas las estrellas que, una a una, acaban en mis bolsillos sin que el ninja enemigo se dé

cuenta. No me gustan las armas, pero en medio de esta lucha me ha dado tiempo a reconsiderar mis opciones: o las uso yo o las usan los Orochimaru, así que decido que mejor las uso yo. De lo contrario, estoy muerta.

1

Aquel atardecer nada me hizo pensar que, apenas unos días más tarde, iba a conocer a la persona más genial de todas las que conozco. Tampoco nada me hizo pensar que iba a tener que dejarla marchar porque, al igual que yo, tenía un propósito en esta vida mucho más importante, más elevado, que él o que yo como individuos. Algo que le hacía, al igual que a mí, llevar una vida solitaria y llena de condicionales.

Aquel atardecer, si me hubiesen dicho que iba a conocer a alguien de quien me iba a enamorar, me habría reído en su cara.

JAJAJA. CLARO QUE SÍ, MUY GRACIOSO. CUÉNTAME OTRO CHISTE.

No obstante, aquel atardecer en el que esperaba ansiosa la hora de la cena, comenzaron a desencadenarse los acontecimientos que me llevaron, pocos días después, a conocer a esa persona. Tal vez el amor de mi vida, tal vez no, pero una cosa tuve muy clara: no podría estar con él.

La tía y yo estábamos sentadas la una junto a la otra en el sofá de la sala de estar, en silencio, pero no uno incómodo. Era un silencio lleno de confianza, de cariño, tranquilo. Veíamos la televisión sin prestarle mucha atención. Yo, agotada y muerta de hambre tras el entrenamiento que acabábamos de dar por finalizado; ella, preparando en su cabeza —y anotando en su cuaderno— el del día siguiente.

Como decía, faltaba poco para cenar y yo me dedicaba a hacer volar mi imaginación hacia los platos que pensaba zamparme o, mejor dicho, el plato que pensaba zamparme: unos macarrones

nadando en la salsa de tomate, densa y algo picante, que Benson preparaba para mí. Sabía que esa salsa me encantaba y a él le encantaba que yo no dejase nada en el plato, así que era una situación en la que todos ganábamos. Me gustaban tanto los macarrones que cocinaba Benson que nunca dejaba lugar para un segundo plato. No, ni hablar. Cuando en casa de los Black se hacían macarrones, eran plato único, al menos para mí. Podía repetir doscientas veces… Bueno, a lo mejor estoy exagerando, pero dos veces sí que podía hacerlo.

Habría nadado en una piscina llena de aquellos macarrones… Hasta vaciarla por completo.

Y ahí estaba yo, deseando que me dijesen que la cena estaba lista.

La sala de estar era uno de nuestros lugares favoritos para descansar tras los entrenamientos. Era mucho más pequeña que la sala de té, donde recibíamos a las visitas, y también tenía unos muebles más ajados y menos lustrosos debido al paso del tiempo. Pero era una de las habitaciones que primero habíamos restaurado en la Mansión Black, nuestro hogar, y tanto mi tía como yo nos sentíamos muy cómodas en ella.

La estancia era cuadrada, con los techos altos, muy acogedora. Dos sofás, de un blanco que se había tornado ya amarillento por el tiempo, rodeaban por dos de sus lados una mesita de madera que en su mejor momento haba sido blanca y ahora lucía desconchones en la pintura. Las paredes estaban vestidas con tablones, también de madera blanca, que ascendían desde el suelo hasta el techo. En el suelo, en la zona de los sofás, las vetas de la tarima de roble habían sido cubiertas por una alfombra de un suave color beis. En una de las esquinas de la habitación había un pequeño secreter a juego con la mesa central y, en otra, una estantería con patas curvas que lucía libros antiguos, todos ellos encuadernados en piel. La única nota de color la daban unos cojines bordados con grandes flores en añil y en rosa fucsia que descansaban sobre los asientos de ambos sofás, y las cortinas, adornadas con pequeñas flores del mismo color que los

cojines a las que había que sumarles los tallos de un verde brillante que destacaban sobre todo el conjunto.

En ese momento, Benson entró en la sala. Por supuesto, mi primer pensamiento fue, de nuevo, para los macarrones, ya tenían que estar preparados.

Me equivoqué.

El mayordomo se acercó a la mesa de centro y cogió uno de los mandos que allí descansaban. Lo apuntó al televisor, cambió de canal y subió el volumen.

—Esto les interesa —dijo sin más.

La tía y yo prestamos atención a la moderna pantalla plana que colgaba de la pared frente a nosotras. Una locutora desgranaba el acontecimiento más destacado del día: un seísmo en el país del sol naciente.

Hacía unas horas que había habido un terremoto en Japón, uno que había alcanzado una magnitud de 6,7 en la escala Richter, que es la medida que se utiliza de manera común para cuantificar la energía que libera un terremoto. Para que nos aclaremos, esta escala mide si ha sido fuerte o no. A mayor magnitud, más fuerte ha sido.



Este terremoto en concreto no había sido de los peores que había sufrido Japón, país con una importante actividad sísmica por estar situado sobre el cinturón de fuego del Pacífico, pero era importante. Por suerte, el epicentro se encontraba en una zona situada al norte que tenía una muy baja densidad de población y,

por lo que decía la presentadora, no había habido víctimas mortales ni tampoco muchos daños materiales.

—Vale, ¿y qué nos importa esto a nosotras? —pregunté deseando poder levantarme del sofá para ir a la cocina a llenarme la barriga de una vez por todas de pasta con tomate.

—Ahora viene lo interesante… —replicó Benson de manera misteriosa. Acompañó sus palabras de un movimiento rápido de cejas arriba y abajo que me pareció muy cómico.

—Pero ¿va a ser como lo de Santorini? —Todavía tenía muy reciente en la memoria la pelea que habíamos librado los Black, con ayuda de mi amigo Eric y de lord Thomas Thomsing, contra los volcanes; se habían despertado casi todos a la vez y habían amenazado con destruir el planeta—. No me apetece tener que volver a correr de un lado para otro…

—Oh, no se preocupe, querida Amanda, esto no tiene nada que ver —comentó el mayordomo dedicándome una sonrisa cálida que consiguió tranquilizarme.

Si él decía que no había por qué preocuparse, es que no lo había.

En ese momento, en la televisión, la mujer continuaba informando sobre el seísmo. Decía que una de las pocas consecuencias del temblor era que se habían producido una serie de derrumbes en una cordillera de la zona más afectada que habían dejado al descubierto un sistema de cuevas hasta ahora desconocido.

Benson volvió a bajar el volumen y sacó, de no sé dónde —porque, que yo me hubiese fijado, al entrar en la sala no llevaba nada en las manos—, tres carpetas negras.

—Vamos a tener que viajar a Japón —anunció tendiéndonos dos de las carpetas a mi tía y a mí—. O, más concretamente, Amanda va a tener que viajar a Japón.

—¿Y eso por qué? —pregunté abriendo mi archivo y ojeando por encima los informes de su interior.

—Porque ha sucedido algo que no tendría que haber sucedido —explicó mi tía levantando la vista de su *dossier*. Por lo visto, había

sido mucho más rápida leyendo que yo—. Se ha descubierto el escondite de Juuchi Yosamu, la espada de las Diez Mil Noches Frías.

2

—¿Las Diez Mil qué? —pregunté girándome en el asiento para mirar a la tía Paula.

—Las Diez Mil Noches Frías… Es una espada japonesa.

—¿Por qué la conoces? ¿Qué tiene que ver con los Black?

—Hace siglos los Black ayudamos a… ocultarla —comenzó a explicar mi tía—. Hasta hoy, que el terremoto ha desvelado su lugar de reposo.

—¿Cuál es su poder?

—Tal vez sea mejor que te cuente todo lo que sé sobre esta espada.

La tía Paula habló durante mucho rato. Mientras tanto, mis tripas se quejaban de hambre emitiendo sonoros rugidos que consiguieron que, por fin, mi tía se diese cuenta de lo que sucedía y me ofreciese continuar mientras cenábamos, cosa que agradecí.

La tía me contó que, en el siglo XIII, había vivido en Japón un maestro espadero sin igual, Gorō Nyūdō Masamune. En realidad, no se conocen con exactitud las fechas de su nacimiento y fallecimiento, pero se sabe que sus mejores trabajos los realizó entre los años 1288 y 1328. Algunas de las catanas que creó se conservan aún hoy en día en el país y son consideradas tesoros nacionales por los japoneses. Este artesano no se dedicó en exclusiva a las catanas, fue el creador también de una espada y una daga llamadas *tachi*, más larga y curvada que una catana normal; y *tantō*, que era un cuchillo con una leve curva en la hoja, de entre quince y treinta centímetros, parecido a una catana en pequeñito.

La leyenda dice que Masamune tuvo un discípulo, Sengo Muramasa, quien un día retó a su maestro a forjar la mejor de las espadas. Tras días y días de trabajo —la tía me explicó que forjar una catana podía llevar meses—, ambos dieron forma a la que hasta ese momento había sido su mejor obra. El maestro presentó una espada llamada

Yawarakai-Te,

que significa «Manos Suaves», mientras que la que presentó el aprendiz recibió el nombre de Juuchi Yosamu, «las Diez Mil Noches Frías».

Para probar cuál de las dos era la mejor, suspendieron las catanas sobre un río. Primero la del maestro Masamune, que cortó las hojas que bajaban por el cauce, pero los peces, la brisa y las mismas aguas pudieron continuar su camino sin recibir ningún daño. Muramasa suspendió entonces la suya y esta cortó todo lo que se acercó a su filo: hojas, peces e incluso el viento y las aguas.

Por supuesto, el pupilo se burló de su maestro alegando que su catana no cortaba lo suficiente. Sin embargo, un monje que había asistido a toda la escena sentenció la contienda diciendo que una de las hojas, realmente hermosa y afilada, había sido malvada y orgullosa cortando todo lo que se había cruzado en su camino y que, sin duda, la otra espada era superior, ya que no había necesitado dañar aquello que no merecía ser dañado.

—Bueno, está claro que la de las No Sé Cuantitas Noches Frescas era una espada bien hecha —comenté tras tragar los doscientos macarrones que había conseguido pinchar con el tenedor—, pero sigo sin entender qué pintamos nosotros en todo esto…

—Las Diez Mil Noches Frías —corrigió mi tía—. Y a eso voy, Amanda, a eso voy, ten paciencia. Veamos… Muramasa también llegó a ser un gran maestro espadero; no obstante, sus catanas tenían fama de estar malditas… Se decía que eran tan malvadas que, una vez que se desenvainaban, debían probar la sangre antes de poder ser envainadas de nuevo…

—Eso es mentira, ¿no? —pregunté deteniendo el movimiento de

llevarme de nuevo el tenedor a la boca.

—En todos los casos menos en uno… Y la cosa no es exactamente como se cuenta —puntualizó mi tía—. Las Diez Mil Noches Frías sí es una espada maldita, pero la maldición que porta es algo diferente: puede cortar lo que sea que el portador desee cortar, sin importar su tamaño o su dureza. Nada detiene su filo. Lo único que necesita esa espada es que el objeto o la persona no esté muy lejos…

—Define «muy lejos».

—Si el portador de la espada lo ve, no importa la distancia… Si lo ve, puede cortarlo. Además, el poder de la espada va corrompiendo a su dueño con cada uso, convirtiéndolo en un monstruo sediento de muerte. Un objeto así no puede pertenecer a nadie.

—Ah, vale, empiezo a pillar qué pintamos nosotros en todo esto. Pero sigo sin entender por qué tú sabías de la existencia de esa espada… En las noticias no han dicho nada de ella…

—Cariño, hace siglos los Black ayudamos a uno de los más antiguos clanes ninja a ocultarla… Y, ahora, el escondite ha sido desvelado por el terremoto. Es cuestión de tiempo que den con ella… Tenemos unos pocos días, con suerte, una semana… Esas cuevas son enormes.

—Partiré en cuanto acabe de cenar… —prometí—, pero deja que acabe de comer… Tengo mucha hambre.

La tía Paula soltó una carcajada.

—No te preocupes. Avisaré a Eric y esta noche entre Benson y yo prepararemos el equipo necesario, vosotros saldréis mañana por la mañana. Necesitáis descansar, estáis en edad de crecer. —Agitó una mano en el aire para restarle importancia a la situación—. Esta no es una misión complicada, te daré el plano del sistema de cuevas, lo conservamos en el manifiesto de los Black, no tardaréis nada en dar con la catana. Nadie sabe que está allí… Será entrar y salir.

Por fin una misión sencilla, lo que siempre había deseado. Desde luego, no pensaba quejarme.

La única precaución que debíamos tener Eric y yo era que nadie nos pillase con la espada de Muramasa ya que, casi con total seguridad, no nos permitirían salir del país con ella, pero eso me preocupaba lo justo, es decir, nada… O muy poco.

Antes de irme a dormir fui al taller de la Mansión Black, situado en el sótano de la casa, que es el lugar donde preparamos todas las misiones y donde guardamos los automóviles, motocicletas, helicópteros y aviones que utilizamos, así como los trajes, las armas y otras herramientas que solemos necesitar. También se encuentran allí la zona de ordenadores, una biblioteca muy completa, una zona de reuniones y, por supuesto, la Galería de los Secretos, que es el lugar en el que conservamos todos los objetos que sacamos de la circulación. Aquella noche lo único que me interesaba era el plano del sistema de cuevas.

Benson bajó conmigo para cargar esos planos en mi reloj Black —que no era tan solo un reloj, servía para muchas más cosas— y facilitarme una copia impresa de los mismos, que era con la que trabajaría en ese momento. Además, envió toda la información que poseíamos sobre las Diez Mil Noches Frías al dispositivo de Eric, que se uniría a mí al amanecer.

Estudié los planos de las cavernas y marqué la zona que había colapsado debido al terremoto. Era una de las entradas. Había otra a unos kilómetros de allí, en un área de difícil acceso, rodeada de bosques. La espada se encontraba cerca de esa segunda entrada. Solo necesitaba dar con ella… Y abrirla porque, por la información que acompañaba los planos, había sido taponada por una roca de tamaño considerable.

—No se preocupe por eso, señorita Amanda —escuché a Benson por encima de mi hombro—. Añadiré a su equipaje un nuevo artefacto de mi invención que les permitirá abrirse paso sin demasiado escándalo. Apenas hace ruido, un leve «puf», casi un susurro, y listo.

—¿No nos explotará en la cara? —No me sentía muy cómoda utilizando armas y explosivos en las misiones.

—Oh, no hay nada que temer, ya le he enseñado al señorito Eric cómo se maneja… —explicó el mayordomo intentando apaciguar mis miedos—. Además, solo cumple su función cuando se le añade una segunda sustancia que se mezcla con la primera… y eso ocurre únicamente cuando se pone en marcha su mecanismo… La explosión convertirá la roca en arena. Tendrán que encontrar un hueco en la piedra que oculta la entrada o bien taladrarla… Ya he incluido un potente taladro inalámbrico en el equipaje del señorito Eric.

Como siempre, el mayordomo parecía adelantarse a nuestras necesidades… No solo había creado un explosivo que no delataría nuestra posición, sino que además ya había enseñado a Eric a utilizarlo… No sabía cómo lo hacía. Cómo era capaz de ir siempre varios pasos por delante de nosotros.

—Ah, una cosa más —continuó Benson—, también he mejorado el dron del señorito. Le he puesto unas cargas explosivas que puede soltar cuando lo necesite. No son muy potentes, pero sí efectivas… Él ya lo sabe, de hecho, me ayudó a incorporárselo al robot.

—Vaya, gracias, Benson… Nunca dejarás de sorprenderme.

—Espero que no —replicó él con una sonrisa—. Ahora suba a su habitación, Amanda, enseguida le llevaré un cacao calentito con nubes flotando en él y un plato de galletas de chocolate recién hechas.

—Pero si acabamos de cenar —protesté sin demasiado empeño, la verdad es que las galletas que hacía Benson eran deliciosas. Ya casi podía sentir el aroma de los chips de chocolate en mis fosas nasales, la dulzura de la masa en mi paladar, el repiqueteo de las miguitas cayendo en el plato tras cada mordisco…

—Ya ha oído a su tía, está en edad de crecer… Y hace demasiado ejercicio, si me permite decirlo.

Aquella noche dormí de un tirón… Y menos mal, porque ese fue casi todo el sueño plácido que pude tener en los siguientes días.

3

Eric llegó con la primera luz del sol, cuando yo ya llevaba un rato levantada y me encontraba desayunando en la cocina. Mi amigo entró y me saludó con la mano, la luz se reflejó en su cabello cobrizo creando destellos anaranjados alrededor de su cabeza. Era como si tuviese la cabeza en llamas.

Se sentó a mi lado dándome un suave golpecito en el hombro.

—¡Qué fuerte! ¡Japón! —exclamó. Estiró el brazo hasta una bandeja situada en el centro de la mesa y eligió dos tostadas. Comenzó a untar con mantequilla una de ellas. Con mucha mantequilla—. Casi me caigo de culo cuando me lo dijo ayer tu tía… Ya me ha puesto al corriente de todo.

—Pero no vamos a tener tiempo de hacer turismo. —Mi comentario pinchó el globo de ilusiones que se había hecho mi amigo. Yo habría apostado todo lo que tenía a que ya se veía paseando por Tokio y jugando a todos los videojuegos del mundo en los numerosos salones recreativos de la ciudad japonesa; ya casi podía sentir el asfalto bajo sus pies, paseando por las calles de neón con el monte Fuji de fondo.

—¿Ni un poquito?

—No, tenemos que ir, hacernos con la espada esa rara y volvernos antes de que sepan que hemos estado allí.

—Vaya… Otra vez será —se resignó con un encogimiento de hombros—. Pero por lo menos habremos estado en Japón.

Me maravillaba la capacidad que tenía Eric para aceptar las cosas, buenas y malas, según viniesen. Sin hacerse mala sangre

cuando sus planes no salían como él había imaginado. Era una cualidad que me habría gustado poder aprender de él; no obstante, me veía incapaz, yo era mucho más cabezota y anticipaba demasiado las cosas como para aceptar de buen grado que finalmente no fuesen como yo quería que fuesen. Por eso hacíamos tan buen equipo: nos complementábamos a la perfección.

Me encantaba trabajar con mi mejor amigo y todavía recordaba cuando, no hacía mucho, nos habíamos enfadado y yo había decidido hacer una misión por mi cuenta… De no ser por él, no estoy segura de que las cosas hubiesen podido acabar bien.

Éric trabajó día y noche hasta que consiguió salvarme.

Y yo me sentía en deuda con él.

—Bueno, tal vez podamos volver cuando tengamos vacaciones… —dije con jirones de duda en mi voz—. Se lo preguntaré a la tía Paula cuando regresemos de esta misión…

—¡Eso sería genial! —Una sonrisa enorme se quedó enganchada en su rostro pecoso—. Estoy deseando ir a los recreativos a jugar a todos los videojuegos del universo y pasear por las calles mirando los neones, los templos… ¡Y el monte Fuji!

Lo que yo pensaba. Lo conocía muy bien, habíamos vivido demasiadas cosas juntos.

En fin, no perdía nada por intentarlo. Cuando estuviésemos de vuelta en casa, le preguntaría a la tía si las siguientes vacaciones podríamos pasarlas en Japón.

Habría hecho cualquier cosa por mi amigo y, si cualquier cosa era ir de vacaciones a Japón, a mí me parecía un trato justo en el que todos salíamos ganando.

Acabamos de desayunar y bajamos al taller, donde nos preparamos para partir. Benson había dispuesto dos monos iguales, ambos hechos con la tela Black, una tela de su invención que hacía cosas maravillosas —era capaz de mantener el calor corporal, de enfriarse, podía transformarse en otras prendas de ropa o bien endurecerse hasta formar una armadura, entre otras cosas… Era impresionante—. Junto a los monos, había dejado dos pequeñas

mochilas con herramientas y dinero para emergencias. Mientras yo dormía, entre la tía Paula y el mayordomo habían acondicionado también el avión con el que viajaríamos, incluyendo todo el equipo que podríamos llegar a necesitar durante la misión. A aquella aeronave yo la llamaba «el avión camaleón» porque era invisible a los radares y, una vez en tierra, su fuselaje se mimetizaba con el ambiente adoptando los colores y las formas de lo que fuese que lo rodease. Además, podíamos despegar y aterrizar en vertical y era muy fácil de pilotar —¡iba casi solo!—. Ya lo habíamos utilizado en otros trabajos y nunca nos había fallado.

Partimos poco después. Ante nosotros se extendían unas diez horas de vuelo durante las cuales Eric sería el responsable de buscar un lugar en el que aterrizar, cercano a la zona de cuevas a las que nos dirigíamos.

Nuestro destino era un área montañosa al norte de la isla de Hokkaidō, con bosques que se extendían a los pies de la cordillera como una manta sobre una cama, formando un mar ondulante y verdoso de copas, ramas y hojas. En aquel océano de árboles, tendríamos que encontrar un claro sobre el que descender con la aeronave. Habíamos localizado varios puntos que podrían servir e intentábamos decidir cuál era el más conveniente.

—Este parece más amplio —comenté señalando un punto en la imagen.

—También es el más lejano —replicó Eric.

—Podemos andar.

—Sí, por un bosque que no conocemos y durante la noche… Que cuando lleguemos va a ser noche cerrada, Amanda, no te olvides.

—Ah, es verdad, me había olvidado de la diferencia horaria…

—¡Qué fuerte! Menos mal que me tienes a mí para recordarte estas cosas, si no…



—Entonces este —dije señalando otro de los claros.

—Ese podría ser. Espera, que acerco la imagen. —Tecleó varios comandos en su dispositivo y la imagen se amplió. Volvió a centrar el área que nos interesaba y miró la pantalla con detenimiento—. Aquí hay casas… Parece una aldea.

—Pues eso no nos vale —resoplé—. A ver este —señalé el tercer y último claro.

Eric repitió la operación. En la pantalla apareció un claro bastante amplio, sin rocas, sin arbustos, solo había hierbas y flores.

—Creo que este valdrá —confirmó Eric—. O, mejor dicho, tendrá que valer, los siguientes ya están a más de un día de ruta a pie por aquellos bosques.

—Tendrá que valer —acepté. Programé los parámetros del claro en el navegador del avión—. Llegaremos dentro de un par de horas.

El resto del vuelo fue tranquilo. Antes de que quisiéramos darnos cuenta, ya sobrevolábamos los bosques que eran nuestra meta. Poco después localicé el claro y aterricé.

Programé el camuflaje y marqué en el mapa de mi reloj el lugar donde estaba el avión antes de abandonarlo. Solo faltaba que no fuésemos capaces de localizarlo una vez hubiésemos cumplido la misión…

Comenzamos a caminar entre los árboles pensando que en pocas horas regresaríamos a casa.

No sabíamos lo equivocados que estábamos.

4

—¿Qué son estos árboles? —pregunté aburrida.

Eric sonrío.

Vale, se avecinaba una de las clases magistrales de mi amigo, pero si era honesta, yo solita me lo había buscado. Ahora solo me quedaba escuchar la explicación.

Y no se hizo esperar mucho.

—Por lo que he leído, en esta zona hay sobre todo tilos, robles de Mongolia y fresnos… Tal vez encontremos también cedros japoneses… Que, por si no lo sabes, en realidad no son cedros, su nombre en japonés es *sugi*… —se estaba embalando con la exposición, pero, total, tampoco tenía nada mejor que hacer que escucharlo, así que continué en silencio—. Se trata de un árbol perennifolio, esto es, de hoja perenne, que puede alcanzar los setenta metros de altura y los cuatro metros de diámetro. Su corteza es rojiza… Y se parece mucho a la sequoia gigante, el árbol, no la corteza… No sé si me explico…

—Te explicas a la perfección —dije muerta de risa—. Todo esto lo averiguaste anoche, ¿verdad?

—S… Sí, claro —titubeó sorprendido, como si le hubiese hecho la pregunta más estúpida del universo.

¡Lo sabía! Mi amigo se preparaba a conciencia cada una de las misiones. Yo no entendía muy bien para qué podía servirnos saber el nombre y las peculiaridades de los árboles que nos rodeaban, pero así era Eric… Y, si se lo permitías, podía pasarse horas hablando de cualquier tema.

Tal y como había predicho mi amigo, cuando llegamos ya era noche cerrada, así que avanzábamos por un bosque lleno de sonidos y de vida en una oscuridad partida en dos solo por los haces de nuestras linternas. La cháchara incesante de Eric me tranquilizaba y supuse que a él también le servía para no centrarse en los chasquidos y crujidos que se oían a nuestro alrededor.

Cuando, pasado un buen rato, se le acabó la información sobre los árboles, el silencio cayó de nuevo sobre nosotros. Un silencio pesado y denso, casi podíamos sentirlo sobre los hombros y eso nos puso bastante nerviosos.

—¿Sabes algo más sobre bosques japoneses? —pregunté intranquila.

Eric pensó unos instantes.

—Sí —dijo, por fin—, pero puede que no te apetezca que te lo cuente…

—Sí, sí que me apetece. Me apetece escuchar lo que sea con tal de no tener que escuchar todo este silencio.

—Bueno, se dice que en los bosques habitan los *kodama*… Espíritus de los árboles, podría decirse, pueden parecer hermosos o terribles, lo que ellos prefieran. —Tragué saliva mirando a mi alrededor, casi esperando ver a uno de esos *kodama*—. Y los *tengu*, demonios que viven en las montañas y los bosques y que…

—Vale, ya es suficiente —lo interrumpí—. Tenías razón, no me apetecía que me lo contases.

—¡Qué fuerte! ¿Tienes miedo? —preguntó en voz muy baja—. Porque yo sí lo tengo.

Detuve la marcha, que yo encabezaba, y me di media vuelta para mirarlo de frente.

—No es que tenga miedo, es que me cago de miedo, Eric —confesé algo avergonzada—. Sé que no hay nada en este bosque que pueda hacernos daño. —Una duda surgió en mi cabeza—. Porque no hay nada aquí que pueda hacernos daño, ¿verdad?

—No, a lo mejor algún insecto, como en todos los bosques, pero nada especialmente mortal —contestó.

—Bien. Me alegro. Pero aun así, no me gusta lo de andar por bosques por la noche… Y ahora que me has contado lo de los espíritus, menos. No falta mucho para llegar a las cuevas, así que intentemos no pensar en cosas de estas… Y dame la mano, solo por si acaso.

Eric cogió la mano que le tendía y seguimos caminando entre los árboles. Su tacto me tranquilizó y me ayudó a recobrar el aplomo que había perdido con las historias que me había ido contando sobre espíritus y demonios.

Según nos acercábamos a las cavernas, yo empecé a sentir que alguien nos observaba, al fin y al cabo, soy una Black, eso significa que, entre otros dones, tengo una especie de sexto sentido y estas cosas me las tengo que tomar en serio. No le dije nada a Eric para no ponerlo más nervioso, pero estaba convencida de que alguien nos seguía aprovechándose de las sombras de la noche.

En un par de ocasiones me detuve y presté atención a los alrededores, pero no pude escuchar nada que se saliese de lo normal —teniendo en cuenta que lo «normal» en un bosque a oscuras es algo difícil de catalogar—, pero no vi nada ni a nadie.

Por fin llegamos a las cuevas.

—Es aquí —dije comprobando el mapa de mi reloj y deteniéndome frente a una roca oscura del tamaño de un camión. De un camión muy grande. Parecía formar parte de una elevación natural del terreno, que ascendía durante varios metros hasta lo que parecía una colina no muy alta. Los árboles continuaban acompañando aquella pendiente, así que imaginé que el sistema de cavernas debía de extenderse por debajo de ella.

Parecía una piedra normal del paisaje, nada que llamase la atención ni que dijese claramente: «Entrada secreta a la cueva de la espada maldita». De hecho, de no haber sabido lo que estábamos buscando, habríamos pasado de largo sin dedicarle un segundo vistazo.

La sensación de estar siendo observados no había desaparecido, al contrario, cada vez era más intensa.

Mientras Eric preparaba el artefacto explosivo que le había proporcionado Benson, yo vigilé la zona de nuevo, sin encontrar nada de nada.

A mi espalda el sonido del taladro rompió la noche durante unos segundos, a continuación, escuché a Eric trastear con algo. Pocos segundos después, se aproximó a mí.

—Vamos a meternos ahí detrás —dijo señalando un tronco inusitadamente grueso, aquel árbol debía de tener miles de años—. Benson dijo que es seguro, pero mejor ser precavidos.

Nos sentamos tras el árbol con las espaldas apoyadas en la corteza rugosa, cerramos los ojos y nos tapamos las orejas.

Esperamos.

Continuamos esperando.

A mí me pareció escuchar un «puf» lejano. Pensé que me lo había imaginado, ya que mi amigo pareció no haber oído nada.

Esperamos un poco más.

—Qué raro, ya tendría que estar. Creo que ha fallado algo —comentó Eric levantándose y sacudiéndose las hojas secas del fondillo de los pantalones—. Voy a ver qué pasa.

Me levanté para seguirlo.

Cuando rodeamos el árbol, vimos que no quedaba ni rastro de la gigantesca piedra que había taponado el acceso a las cuevas.

—Pues sí que había funcionado —dije alzando las cejas en gesto aprobatorio—. Este Benson está lleno de recursos…

Nos aproximamos a la entrada de las cavernas y, con un último vistazo a nuestras espaldas, nos adentramos en ellas.

5

La sensación de estar siendo observados desapareció en cuanto penetramos en la boca hambrienta y sin dientes que era la entrada de la cueva. Eso me tranquilizó un poco. Solo un poco.

Tampoco mucho.

Tal vez me había equivocado y me había dejado sugestionar por los cuentos de espíritus del bosque que me había contado Eric.

O tal vez no.

Tal vez alguien nos había estado siguiendo. Sin embargo, en ese instante, tenía cosas más importantes en las que pensar, como en lo de recuperar una espada maldita y guardarla donde nadie pudiese utilizarla, por ejemplo, en la Galería de los Secretos.

Contábamos con un mapa de aquel sistema de subterráneos; no obstante, teníamos que prestar atención a cada giro y desvío, ya que aquellos túneles se extendían hasta lo que nos pareció el infinito y un poquito más. Si nos equivocábamos en una sola de las bifurcaciones, podríamos perdernos y morir de hambre y de sed sin ni siquiera haber llegado a acercarnos de nuevo a la salida. Eran kilómetros y kilómetros de túneles subterráneos y pasadizos que recorrían, por el subsuelo, gran parte de las montañas y bosques que salpicaban la superficie en aquella zona del país.

Para iluminarnos el camino, solo contábamos con la luz de las linternas que Benson nos había puesto en las mochilas y, a pesar de ser muy potentes, no daban para mucho en aquella negrura. El mayordomo también había incluido tizas y rotuladores que pintaban con tinta que refulgía en la oscuridad para poder marcar

el camino que íbamos siguiendo.

Cada vez que girábamos, pintábamos una flecha. Si uno de los dos se perdía tendría una pequeña oportunidad de encontrar el camino de regreso a la seguridad, si bien se trataba de una oportunidad muy muy pequeña, pero menos era nada.

Eric y yo caminábamos muy juntos. Además, nos habíamos atado una cuerda a la cintura, de este modo era casi imposible que nos separásemos demasiado. Tendrían que sucederse una serie de catastróficas casualidades para que consiguiésemos perdernos de vista el uno del otro. Y yo esperaba que no sucediese ninguna de esas casualidades.

Las cuevas eran húmedas, de las paredes rezumaba un líquido verdoso que en la parte alta había formado estalactitas, de las cuales caían pequeñas gotas de aquella misma agua viscosa. De vez en cuando, llegábamos a una caverna algo más grande, con techo más alto, tanto que los haces de luz no alcanzaban para alumbrarlo. Avanzábamos con cuidado, fijándonos en dónde poníamos los pies, ya que la tía Paula nos había avisado de que había pozos. Si caíamos en uno de ellos, no podríamos salir. Hacía siglos, en concreto cinco siglos, que nadie había puesto un pie en aquel pedazo del mundo, por lo que, si bien en nuestro mapa estaban marcados algunos de los pozos, podrían haberse formado algunos nuevos en todos los años transcurridos desde que alguien había entrado por última vez en estas grutas.

Habíamos perdido ya la cuenta del tiempo que llevábamos caminando en la oscuridad.

—Se supone que este era el camino corto, ¿no? —preguntó Eric dando un suave tirón a la cuerda que nos unía—. ¿Cuánto falta?

Consulté el mapa de mi reloj.

—En teoría, al final de este túnel tiene que estar la espada. Calculo que unos diez minutos más.

Poco después, llegamos al lugar en el que tanto tiempo había estado encerrada, esperando, la espada de las Diez Mil Noches Frías.

—¡Qué fuerte! —exclamó Eric intentando adelantarme para

acercarse a ella cuando nuestras linternas dieron con el objeto—. ¡Es una pasada!

Lo detuve con un fuerte tirón en el brazo y apunté mi foco en dirección al suelo, frente a nosotros.

Un pozo casi tan ancho como la cueva en la que nos encontrábamos se extendía a nuestros pies. Si no llego a pararlo, habría caído en él… Y, de paso, me habría arrastrado a mí, ya que continuábamos unidos por la cuerda. Al otro lado de agujero, había una piedra que hacía las veces de pedestal y, sobre ella, la catana que habíamos venido a buscar.

—Vale, tú espera aquí, yo iré a por ella —pedí desatando el nudo de la soga, que cayó a mis pies sin hacer apenas ruido.

Eric comenzó a recogerla sin protestar. Sabía que esa parte de la misión era mejor que la hiciese yo en solitario, por aquello de que se me daba mejor saltar y escalar y esas cosas.

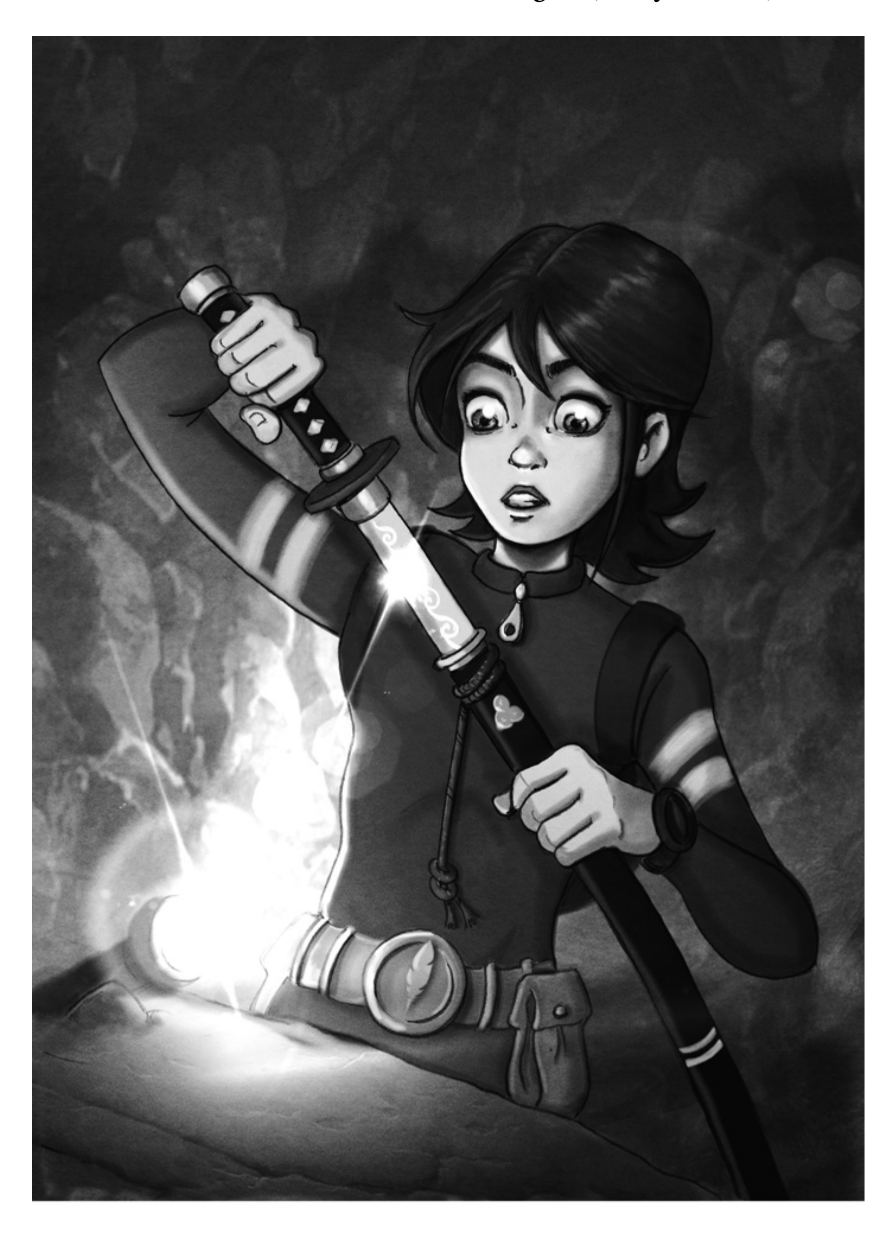
Avancé con cuidado por el lateral, muy pegada al muro de roca, donde un pequeño saliente permitía el paso a alguien con pies pequeños, o lo que es lo mismo, a alguien como yo.

Llegué al otro lado y me aproximé a la espada. Apoyé la linterna junto a ella, iluminándola.

No había equivocación posible: tenía forma de catana y se trataba de una catana. Descansaba sobre la piedra en su vaina, cuyo nombre correcto, por lo que me había dicho mi tía, era *saya*, negra y levemente curvada y de la cual solo sobresalía la empuñadura, con un intrincado grabado geométrico y una pequeña guarda que protegía la mano del portador. La funda, de madera muy fina, lacada, brillante, estaba rodeada en la parte más cercana al puño por una cuerda de algodón, también negra. Con mucho cuidado, la sostuve en mis manos y di un suave tirón para sacar la hoja, no del todo, solo lo justo para poder admirarla. Tenía muy presentes las palabras de mi tía sobre espadas malvadas que si se desenfundaban necesitaban beber sangre.

El metal refulgió de manera peligrosa al chocar con la luz. La parte superior estaba recorrida por una hendidura en cuyo interior

el metal formaba olas pequeñas y perfectas que parecía que estuviesen en movimiento. El filo era delgado, muy afilado, mortal.



Volví a apoyar la espada en su cama y me quité la mochila, en la que Benson había añadido una correa con la que poder llevar la

catana maldita de Muramasa. Casi con reverencia, sostuve de nuevo la espada con ambas manos y de manera meticulosa, prestando toda mi atención, la sujeté con la correa. El mayordomo me había enseñado cómo hacerlo ya que, si se soltaba, podría hacerme un corte muy muy feo.

Emprendí el camino de regreso por el saliente sobre el pozo para reunirme de nuevo con Eric.

—Bueno, pues ya estaría, ¿no? —comentó mi amigo satisfecho cuando estuve a su lado—. Es de las misiones más sencillas que hemos tenido.

—No pienso decir nada hasta que no estemos de regreso en casa —repliqué, desconfiada—. A mí las cosas no suelen salirme TAN bien a la primera. Venga, ata de nuevo la cuerda a nuestra cintura porque, con mi suerte, lo más probable es que ahora nos perdamos uno de los dos.

Eric rio. Estaba tranquilo, confiado: íbamos atados el uno al otro, habíamos marcado el camino de regreso con los rotuladores y el avión no estaba muy lejos.

¿Qué podría salir mal?

Intenté contagiarme del espíritu optimista de mi amigo, pero ahora que caminábamos en dirección a la salida, volví a acordarme de la sensación de estar siendo observados que me había asaltado en el bosque.

Sacudí la cabeza para quitarme de encima aquellas ideas, necesitaba centrarme en salir de las cuevas, ya me preocuparía de lo otro cuando llegase el momento… Si es que llegaba, lo mismo había sido solo una sensación sin fundamento.

Poco a poco, fuimos acercándonos al exterior. La ida había sido mucho más lenta que el camino de vuelta, quizá el hecho de haber ido marcando los túneles tenía algo que ver. Al girar una esquina, por fin vimos, no muy lejos, la luz mortecina de un nuevo día. Nos apresuramos y apenas un par de minutos después estábamos en el exterior.

Habíamos pasado toda la noche entre el bosque y las cuevas y

estaba amaneciendo, algo que agradecimos ya que significaba que no tendríamos que volver a atravesar de nuevo el bosque a oscuras. Hicimos un pequeño descanso para beber agua y comer algo. Estábamos cansados y hambrientos después de toda una noche sin dormir y caminando, pero la perspectiva de poder estar en casa aquella misma tarde nos mantuvo despiertos y alegres durante aquel desayuno improvisado.

Terminamos nuestras barritas energéticas y recogimos todos los envoltorios en nuestras mochilas. Estábamos revisando que no hubiese quedado nada en el suelo, a punto ya de emprender el camino de vuelta a nuestro avión, cuando una voz rompió la tranquilidad de la mañana:

—Dadme la espada o moriréis.

6

Miramos a nuestro alrededor, buscando la procedencia de la voz, pero estábamos solos frente a la entrada de la cueva. Allí no había nadie más.

—Dejad la espada en el suelo y marchaos —dijo la voz de nuevo. Hablaba nuestro idioma a la perfección, con apenas un suave acento.

—¿Quién eres? —preguntó Eric dando vueltas sobre sí mismo, buscando a la persona que había hablado.

Yo me acerqué a unos árboles situados a nuestra derecha, pues me había parecido que la voz procedía de allí.

—No me busques. Deja la espada y lárgate. —Ahora, quien quisiera que fuese había hablado desde la dirección contraria.

El visitante no gritaba, su tono era tranquilo, incluso simpático, pero por muy majo que fuese, obviamente Eric y yo no podíamos hacer lo que nos pedía.

—Y si no la dejo, ¿qué? —pregunté encaminando mis pasos en la nueva dirección de la voz.

—Ya te lo he dicho, Black, tendré que mataros —informó. Sonaba joven, un chico de nuestra edad tal vez, aunque también podría ser la voz de una mujer.

No me gustó nada que supiese quién era yo. Me acerqué a Eric para protegerlo.

—¿Cómo sabes cómo me llamo? —pregunté al aire.

—Los Black sois bastante populares en mi familia. —La voz fue cambiando de lugar a lo largo de la frase, el desconocido terminó

con una risa que quedó flotando entre los árboles.

—Entonces, sabrás que no puedo darte esta espada —comenté encogiéndome de hombros—. Vamos, Eric, nos vamos.

Mi amigo y yo nos pusimos en camino, yo encabezando la marcha, protegiendo a mi amigo con mi cuerpo.

Sabía que, si comenzábamos a alejarnos, el desconocido no tendría más remedio que descubrirse si quería cortarnos el paso. No tenía pinta de que fuese a matarnos por la espalda. De haber querido hacer algo así, podría haberlo hecho sin que nos diésemos ni cuenta mientras habíamos estado desayunando.

No me equivocaba.

No habíamos dado ni tres pasos cuando una sombra descendió frente a nosotros. Tenía la misma estatura que Eric o lo que es lo mismo: me sacaba casi una cabeza. Llevaba el cabello y el rostro tapados por una capucha y vestía una camisa y unos pantalones negros, anchos, de aspecto cómodo. Completaban su atuendo unas botas hasta casi la rodilla del mismo color, que, a simple vista, parecían muy flexibles y confortables.

Solo sus ojos eran visibles: oscuros, grandes, rasgados, con pestañas negras y espesas enmarcándolos.

Vale, sus ojos tampoco me dijeron mucho sobre la persona que tenía frente a mí, lo único que podía sacar en claro de ellos es que eran preciosos.

—No quiero haceros daño. —Casi podía escuchar la súplica en su voz. Pude ver que no mentía, prefería no tener que herirnos. La cuestión era si podría hacerlo—, pero lo haré si no me dejáis otra opción.

Bueno, pues lo mismo sí que podía hacerlo o por lo menos no albergaba muchas dudas en cuanto a ello.

—¿Qué te hace pensar que puedes hacernos daño? Tú mismo has dicho que sabes quién soy… Y lo que eso implica —permití que mis palabras calasen. Si realmente sabía quién era yo, también debía saber que era peligrosa.

—Casi siempre habéis colaborado con nosotros, no entiendo por

qué habéis venido a por la espada. Mi *sensei* me ha pedido que impida que os la llevéis y es lo que pienso hacer.

Adoptó una postura que me indicó que se disponía a pelear, que ya se había cansado de palabras.

Le di mi mochila con la catana todavía sujeta a ella a Eric.

—Guárdamela un momento —pedí.

—¿Estás segura? —preguntó cogiendo el pequeño macuto.

Suspiré antes de contestar.

—A ver, no queda otra. No parece que vaya a dejarnos pasar así como así —expliqué resignada.

Mi amigo sacudió la cabeza incrédulo y se metió detrás de uno de los árboles más gruesos que encontró. Sabía que, de momento, era mejor que no interviniese.

El visitante se inclinó en una reverencia.

Lo imité, más por la sorpresa que porque supiese lo que estaba sucediendo.

Nada más inclinarme, me atacó por sorpresa, sin aviso, veloz como una cobra. Tuve el tiempo justo para esquivarlo… Y solo pude conseguirlo gracias a los dones Black. Mi contrincante lanzaba ataque tras ataque: con las manos, con los pies y con las piernas, incluso con el cuerpo. Y yo esquivaba, esquivaba y esquivaba siempre.

Por fin vi un hueco para golpear. Mi puño se aproximó veloz a su costado, pero antes de poder encontrarse con su objetivo, su brazo desvió mi mano.

Saltábamos entre los troncos de los árboles, nos impulsábamos utilizando sus ramas, brincábamos, rodábamos por el suelo o nos agachábamos antes de que el otro nos alcanzase. Embestíamos a nuestro oponente con todo lo que teníamos: golpes, patadas, puñetazos, giros, llaves… Nada conseguía tocar al enemigo: ni sus ataques ni los míos.

Llevábamos ya un buen rato así, pero ambos aguantábamos, no nos rendíamos.



Tras unos veinte minutos de pelea en la que ni el extraño ni yo conseguimos rozar siquiera al otro, nos dimos cuenta de que nuestras fuerzas estaban muy igualadas. Nos había quedado claro que así ninguno de los dos iba a ganar nada y menos aquel enfrentamiento.

—Vale, vale… Ya veo —dijo el visitante resoplando a causa del esfuerzo y haciendo gestos para que me detuviese—. Creo que esto no nos lleva a ninguna parte.

—Entonces, ¿vas a dejarnos pasar? —pregunté yo intentando recuperar el resuello.

Mi contrincante apoyó una mano en la rodilla mientras alzaba la otra pidiéndome algo de tiempo para recobrarse.

—¡Pero necesito esa espada para llevar a cabo mi misión! —exclamó por fin—. No podéis llevárosla… Tenéis que venir conmigo, por favor, mi *sensei* os lo explicará.

Eric salió de su escondite con cara de aburrimiento y se acercó a mí con cautela, muy despacio. Todavía no tenía claro que aquella pelea hubiese llegado a su fin. Yo le había visto sentado en el suelo, tras un árbol, mirando la pantalla de su dispositivo tras los primeros minutos de enfrentamiento. Mi amigo había decidido, antes que el desconocido y yo, que aquello no llevaba a nada… Y que apenas revestía peligro, más allá del agotamiento de los dos contrincantes, aun así, su rostro reflejaba algo de desconfianza.

—No me fío, Amanda —susurró en mi oído cuando llegó a mi lado.

—¿Por qué debería confiar en ti? —repliqué sin prestar atención al comentario de mi amigo—. Ni siquiera sé cómo te llamas… Ni siquiera te he visto la cara. No sé quién eres. Lo único que sé es que nos has atacado.

—Tienes razón —replicó mi oponente.

Se llevó ambas manos a la capucha y la retiró dejando que cayese hacia atrás. A continuación, bajó la tela que le cubría la boca y la nariz.

Era un muchacho no mucho mayor que nosotros. El pelo negro, algo largo, liso y brillante le caía a ambos lados de la cara, donde se le quedaba pegado debido al sudor tras el esfuerzo de nuestra confrontación. Los ojos grandes y rasgados que antes me habían parecido tan bonitos, acompañaban a un rostro de pómulos marcados y barbilla angulosa, delgado, con nariz estrecha y recta y

labios amplios.

Era guapo.

Guapísimo.

Mucho.

Muchísimo.

O a mí me lo pareció.

Me quedé con la boca abierta.

Literalmente.

Sentí un codazo en el brazo y la mano de Eric presionando mi barbilla para cerrarme la boca. Le di un manotazo rápido y nervioso a la vez que apretaba los labios el uno contra el otro en un intento por adoptar de nuevo un gesto serio.

—Vale, ya t… te… te hemos visto la cara —tartamudeé con la poca dignidad que me quedaba—. Aun así, no sabemos nada de ti.

—Me llamo Hiro. —Volvió a inclinarse frente a nosotros con las palmas de las manos pegadas al cuerpo. Esta vez no pensaba picar, así que me preparé para un nuevo ataque… que no sucedió.

Cuando se alzó, una sonrisa se le dibujó en el rostro.

—Yo soy Eric —dijo mi amigo todavía titubeante—. Y ella es Amanda.

—Lo sé —replicó el chico—. Ya he oído hablar de vosotros y sabía que vendríais.



—Cuéntanos para qué necesitas la espada —ordené más que pedí.

—Será mejor que me acompañéis. Os juro por mi honor que no recibiréis ningún daño en mi casa. —Lo miré con los ojos entrecerrados, intentando encontrar el engaño en sus palabras. De

nuevo me dio la impresión de que no mentía—. Hablad con mi *sensei* y después decidiréis por vosotros mismos.

—Tienes que darme algo más antes de que decidamos acompañarte —pedí, negando con la cabeza.

El chico resopló intentando ordenar sus ideas. A continuación, alzó la cabeza para mirarme a los ojos y sujetó mis manos entre las suyas.

—Amanda, tú y yo somos iguales —soltó por fin.

Vale, hasta ese momento había tenido mi interés, ahora tenía toda mi atención.

7

—¿A qué te refieres? —pregunté soltando mis manos con un tirón seco y alejándome de él.

—Mi familia hace lo mismo que la tuya… Al menos, lo que queda de ella —explicó con tristeza—. Solo estamos mi *sensei*… Mi maestro… —aclaró— y yo. A él es a quien quiero llevaros a conocer… El abuelo podrá explicároslo todo mucho mejor que yo.

—¿Tu maestro es tu abuelo? —quise saber.

—Sí, en mi familia los conocimientos se transmiten de unos a otros, como en la tuya. Los ancianos enseñaban a los jóvenes… —hizo una pausa antes de continuar—. Y ahora, el último anciano, transmite sus conocimientos al último joven —finalizó con tristeza.

Miré a Eric, que me devolvió la mirada con un encogimiento de hombros que significaba: «Mira, hacemos lo que tú quieras, pero ya sabes mi opinión».

Y claro que la sabía. Si le daban a elegir, Eric prefería coger aquella espada y salir pitando de allí, pero yo sentía curiosidad por todo lo que aquel muchacho estaba contándonos.

No sabía que había más gente que se dedicara a lo mismo que yo. No sabía que, según sus palabras, al igual que yo, era el último miembro de su familia, tampoco sabía por qué conocía a mi familia… Ni a mí, ya que nos poníamos… Había muchas cosas que no sabía y sentía curiosidad.

Llené de aire mis pulmones y lo solté despacio. Hice esto un par de veces intentando prepararme para decir lo que iba a decir.

Eric, al ver mi rostro cargado de determinación, sacudió un par

de veces la cabeza en un gesto de negación y puso los ojos en blanco. Él ya sabía lo que venía a continuación y, por supuesto, no lo defraudé.

—De acuerdo, te acompañaremos —concluí.

Mi amigo resopló al mismo tiempo que Hiro daba un pequeño y, aun así, muy agudo grito de alegría.

—Lo sabía, sabía que aceptarías… —susurró Eric en mi oído con otro resoplido.

—Pues si lo sabías, no sé de qué te quejas —repliqué divertida —. Vamos, no puede ser tan malo, solo quiere que hablemos.

Eric suspiró en reconocimiento de su derrota.

—Bueno, por lo menos veré algo de Japón —dijo con una sonrisa, devolviéndome la mochila con la catana.

—¡Ese es el espíritu! —le cogí del brazo antes de dirigirme a Hiro—. Venga, guíanos hasta tu abuelo.

Emprendimos la marcha con Hiro a la cabeza, Eric y yo lo seguíamos de cerca. Caminamos durante bastante tiempo por el bosque, que a la luz del día era mucho menos tenebroso. Los rayos del sol atravesaban las ramas de aquellos árboles centenarios y bañaba en luz dorada el suelo alfombrado de hojas, otorgándole a todo el aspecto de un bosque habitado por duendes y hadas en lugar de espíritus y demonios. Era un lugar precioso, lejos del ajetreo de las ciudades y de los seres humanos.

—¿No vive nadie en este bosque? —preguntó Eric—. Me refiero a que si no hay aldeas o poblados…

—En esta zona solo vivimos mi *sensei* y yo —dijo Hiro sin reducir el paso—. Unos kilómetros más allá, hay otro clan. —Su voz se oscureció al terminar la frase.

—¿Qué pasa con ellos? —quise saber.

—El abuelo os lo contará.

No hablamos mucho más después de eso. En el trayecto atravesamos varios arroyos y un río, el cual pudimos cruzar gracias a un antiguo puente colgante de madera que apenas se alzaba a un metro de unas aguas revueltas y rápidas que parecían dispuestas a

engullirte y a llevarte a una muerte segura. El puente se balanceaba a un lado y al otro con cada uno de nuestros pasos. Tuvimos que atravesarlo de uno en uno ya que la madera, vieja y quebradiza, crujía y chillaba bajo nuestro peso.

Por fin llegamos a un camino, aparecía de repente entre los árboles que nos rodeaban. Era apenas una senda de tierra horadada por lo que parecían las rodadas de carros, pero viendo dónde nos encontrábamos, yo hubiese jurado que como mucho había sido un carro el que había pasado por allí. Muchas veces, eso sí.

A ambos lados del sendero surgieron, cada pocos metros, estatuas de piedra que representaban diferentes animales: una tortuga, un ave que no reconocí, un tigre y un lagarto. Las esculturas estaban cubiertas de musgo verdoso y la roca se había desprendido en algunos puntos dándoles el aspecto de cansados vigilantes.

—¿Por qué están estas estatuas aquí, en medio de la nada? —pregunté con curiosidad arrodillándome frente a la última, el lagarto.

—La tortuga es Genbu, el ave fénix se llama Suzaku, el tigre blanco es Byakko y el dragón es Seiryu.

—¿Dragón? Pensaba que era un lagarto —confesé volviendo a mirarla con más detenimiento.

Hiro rio, una risa clara que llenó el bosque y que se nos contagió a Eric y a mí.

—No, no, es un dragón —explicó el chico todavía riéndose—. Representan la tierra, el fuego, el viento y el agua. Son los animales sagrados que se supone que guardan nuestra aldea. El *sensei* los ha colocado a lo largo del camino porque dice que es el único punto débil que tiene el poblado, pero cada estatua debería estar guardando uno de los puntos cardinales.

Poco después apareció frente a nuestros ojos una gran valla de madera. Se trataba de un cercado hecho con troncos de árboles, gruesos, acabados en punta. Los huecos habían sido rellenados con piedras pequeñas y redondas que se mantenían en su sitio por una

especie de masa que parecía hecha de arcilla. Dos puertas altas y robustas, también hechas con troncos, se abrieron a nuestro paso.

Era demasiado generoso llamar aldea o pueblo a lo que encontramos al otro lado de la valla, ya que no eran más que unas cuantas cabañas de madera con techumbre de paja, elevadas sobre plataformas de unos treinta centímetros formando un recinto cuadrado. Solo en la pared más alejada, orientado hacia el norte, había un edificio algo distinto. Tenía planta cuadrada, dos pisos de altura coronados por un tejado negro curvado sobre el piso superior y un saliente, igual que el tejado, rodeando toda la fachada en el primer piso. El alero pasaba bajo un ventanal redondo enmarcado en una madera en la que destacaban los tonos rojizos. Esa ventana era del mismo tamaño que la puerta principal de la construcción, también redonda. Las paredes estaban formadas por bastidores enrejados de madera y papel. Hiro me explicó que ese tipo de paneles se llamaban *shoji* y que permitían que la luz pasase a través de ellos para iluminar el interior durante el día.

Nuestro nuevo amigo también nos contó que aquel edificio tan impresionante era el *dōjō*, el lugar en el que él entrenaba bajo la atenta mirada y guía de su *sensei*.

En ese momento, sentí un toque en mi hombro que me hizo dar un respingo. Me volví a toda velocidad, lista para pelear. Enseguida me relajé, tan pronto como vi a la persona que tenía delante: un anciano pequeño, de aspecto frágil, enjuto, muy muy arrugado, que me sonreía de un modo que hacía que sus ojos casi se cerrasen por completo. Cómo había llegado allí aquel hombre era todo un misterio para mí: no había hecho ningún ruido, casi se había materializado a mi espalda, como surgido del aire… Aquel debía de ser el famoso *sensei* de Hiro.

El anciano se inclinó ante mí del mismo modo que había hecho su nieto antes de iniciar nuestra pelea, yo lo imité y su sonrisa se amplió.

—Amanda-san, por fin te conozco. Soy Sōya Hanzō, me alegro de que

Hiro-san
haya sido capaz de convenceros para venir hasta aquí… Y tú debes de ser
Eric-san
—comentó, repitiendo la reverencia frente a mi amigo, que se la devolvió. Al igual que su nieto, hablaba nuestro idioma sin apenas acento—. Por favor, sed bienvenidos a nuestro hogar. Debéis de estar cansados.



—¿De qué me conoce? —pregunté entrecerrando los ojos.

—Oh, ya llegaremos a eso, lo primero es descansar —replicó sin perder su sonrisa—. Seguidme, os he preparado una habitación para que podáis dormir, lleváis toda la noche en pie… Pero primero, comamos algo, el sueño es más tranquilo y reparador cuando el

hambre no nos atormenta.

El anciano se encaminó hacia una de las cabañas. Sus movimientos eran pausados, pero ágiles. Caminaba muy recto, los años no habían curvado su espalda, tampoco habían conseguido contraer sus manos, que se veían fuertes y seguras. Vestía un atuendo similar al de Hiro, pero en tonos claros y tostados, que se confundían con el suelo de tierra de la aldea. Cuando llegó a la choza, deslizó uno de los paneles que servían como puerta, se descalzó y, sin volver a pisar el suelo, penetró en la habitación haciéndonos un gesto para que lo siguiésemos. Eric y yo lo imitamos y, por último, Hiro.

—Bueno, jovencitos, pasad y sentaos —dijo amablemente Sōya Hanzō invitándonos a sentarnos alrededor de una mesa cuadrada y muy baja, rodeada por una especie de colcha, repleta de apetitosa comida.

Obedecí al anciano casi sin prestar atención a sus palabras, demasiado centrada en los platos que esperaban sobre la extraña mesa: pescados a la brasa, cuyo delicioso aroma llenaba la estancia, acompañados de arroz blanco servido en pequeños cuencos. Había también una bandeja de bambú sobre la que descansaban unas bolitas de arroz con una tira de alga por debajo que resultaron sorprendentes, ya que estaban rellenas de algo crujiente y muy muy sabroso que no reconocí —Hiro me explicó más tarde que se llamaban *oshi*—. En el centro de la mesa, en otra bandeja, vi unas tiras de un dorado intenso que resultaron ser vegetales rebozados —en japón a ese rebozado lo llaman *tempura*, de eso también me enteré después— y, por último, frente a cada uno de los comensales, un cuenco humeante lleno de sopa de miso en la que flotaban trocitos de verduras y tofu. El aspecto y el olor de toda aquella comida casi consiguió hacerme babear. Pude contenerme solo porque el abuelo, que por lo visto era un cocinero excelente, nos invitó con un gesto de la mano a comenzar a comer. Por supuesto, ataqué mi sopa sin mostrar ningún tipo de clemencia.

—Mientras llenamos el vacío de nuestros estómagos —dijo el

anciano sonriendo en mi dirección—, tienes que contarme qué tal están tu tía Paula y Benson, hace años que no vienen de visita.

Se me atragantó un poco el delicioso caldo. Empezaba a cansarme de que todo el mundo pareciese saber más de mí que yo de ellos. Estaba claro que para aquella misión iba a necesitar más tiempo del que había previsto.

8

Durante el almuerzo, el anciano nos contó que los Black y los Sōya llevaban colaborando casi desde los albores del clan japonés, uno de los clanes ninja más antiguos del país. Habían comenzado operando en secreto, manteniendo al pueblo seguro de amenazas, tanto terrenales como mágicas, y así habían continuado hasta la actualidad.

Nadie sabía de su existencia más allá de algunos colaboradores, como mi propia familia.

Las clases nobles contaban con los samuráis, un ejército de guerreros entrenados en el uso de la catana, el arco o el *naginata* —que era un hacha—, mortales y valientes. No obstante, los campesinos no tenían quien les protegiese de los males que podían azotarles: desde encantamientos y maldiciones a simples ladrones. El clan Sōya se había erigido en esa protección y actuaban allí donde eran necesarios, intentando mantener siempre el anonimato. Al contrario que los protectores de los señores feudales, los Sōya eran ninjas, regían sus vidas por el *ninjutsu*, las artes ninja, que incluían entrenamiento en artes marciales y el uso de diferentes armas, venenos y explosivos, así como un entrenamiento destinado a su mente y su espíritu, en el que se incluía el *kuji-kiri*, con el que mediante distintas posiciones de manos y dedos, podían canalizar la energía y utilizarla a su favor. El abuelo dijo que era mucho más complicado, pero creía que con aquellas explicaciones resumidas sería suficiente para que Eric y yo entendiésemos la

situación y, sobre todo, las semejanzas entre su familia y la mía.

Por supuesto, ninjas y samuráis habían colaborado también en el pasado. De hecho, muchos líderes ninja habían sido también guerreros samuráis, pero los Sōya se habían mantenido siempre al margen. Habían actuado por su cuenta cuando el pueblo los necesitaba o cuando algún peligro se cernía como una espada sobre el cuello de los campesinos.

¿Y qué pintábamos los Black en todo aquello? Por lo visto, habíamos coincidido varias veces a lo largo de la historia, casi siempre cuando los objetivos del clan y de mi familia convergían. Entre ambas familias recuperaban los objetos malditos o peligrosos y, a continuación, decidían quién lo conservaría, función que solía recaer en los Black, ya que teníamos más recursos que los Sōya. En alguna ocasión, también los habíamos ayudado tan solo a conservar objetos de los que ni siquiera teníamos noticias. Nos llamaban y acudíamos para poner a buen recaudo el artilugio que fuese.

Solo en una ocasión, hacía muchos siglos, un Black se había salido del guion, pero fue la propia maldición de los Black la que se hizo cargo de equilibrar la balanza. Los Black no podíamos robar nada para beneficio propio; si cometíamos ese error, lo pagaríamos caro, en ocasiones, hasta con nuestra vida.

Los Sōya, al contrario que los Black, no contaban con una mansión llena de secretos y abultadas cuentas en el banco. Aquel poblado era todo lo que poseían y en él habían vivido desde los inicios del clan. Allí habían entrenado, allí habían crecido y allí habían permanecido hasta el fin de sus vidas, durante siglos y siglos de existencia.

Y aquel anciano arrugado y aquel muchacho era todo lo que quedaba de ellos.

En eso se parecían a los Black, de los que solo quedábamos mi tía Paula y yo… Si no contábamos a mi madre, claro, pero ella se había salido del camino y ni siquiera sabíamos dónde se encontraba.

Tras el almuerzo, el abuelo de Hiro nos acompañó a otra cabaña

para que pudiésemos descansar tras una noche llena de caminatas y paseos por cuevas. La verdad es que estábamos agotados, pero Eric no parecía muy convencido de cerrar los ojos, creía que nuestros anfitriones aprovecharían nuestro sueño para rebanarnos el pescuezo.

Sōya Hanzō pareció leerle la mente.

—Descansad tranquilos —dijo frente a la puerta que él mismo había abierto—. Mi nieto no os ha mentido cuando os ha dicho que no recibiréis ningún daño por parte de los Sōya. Hablaremos cuando despertéis.

Se despidió de nosotros con una reverencia y se alejó.

Hiro nos sonrío.

—En serio, no pensamos mataros mientras dormís —comentó mirando a Eric—. ¿Para qué, si ya hemos envenenado vuestra comida? Es mucho más limpio así.

Los ojos de Eric se desorbitaron por el terror y yo solté una carcajada.

—Eric, que no te han envenenado nada, no te preocupes. —Le di una palmada en la espalda intentando remarcar mis palabras—. Hiro solo te está tomando el pelo.

Eric rio avergonzado al darse cuenta de que había picado para, a continuación, relajarse un poco.

—Te ruego que me perdones —se disculpó Hiro todavía riéndose —. No he podido evitarlo, es que se te notaba la desconfianza a la legua.

—¡Qué fuerte! Me has dado un susto de muerte —dijo Eric con una risa nerviosa—, pero tienes razón, no me fiaba mucho de vosotros, temía que nos asesinaseis mientras dormíamos.

—No, dormid tranquilos, eso no va a pasar —confirmó el chico —. De hecho, creo que el abuelo va a pediros ayuda… Ahora, os dejo que descanséis.

Hiro se alejó y desapareció en el interior de otra cabaña situada unos metros más allá.

Eric y yo nos descalzamos y entramos en la nuestra, donde dos

futones nos esperaban.

No nos hicimos de rogar.

—¿Te gusta ese chico? —preguntó Eric cuando comenzaba a adormilarme.

—¿Eh…? No, claro que no —repliqué espabilándome—. ¿Cómo me va a gustar si acabo de conocerlo?

—Ya… He visto cómo le mirabas en el bosque… Y luego mientras comíamos… Que no pasa nada, me parece bien y me gusta verte así de contenta, solo digo que tengas cuidado, no lo conoces… No quiero que te lleves un chasco.

Pensé muy bien mis palabras antes de contestar a mi amigo. Yo sabía que había hecho esa pregunta porque se preocupaba por mí y él sabía que yo le estaba diciendo que no me gustaba ese chico porque era lo que tenía que decir. Él también sabía que sí que me había gustado Hiro… Al fin y al cabo, no solo era guapo y encantador, sino que además compartíamos algo sobre lo que no podríamos hablar nunca con nadie. Y eso era más importante que cualquier otra cosa. Era una persona a la que no tendría que mentirle jamás sobre lo que hacía… Porque él hacía lo mismo.

—Puede que me guste un poco —dije por fin.

—Lo sé, pero ten cuidado. No quiero verte pasarlo mal por nadie, ya lo pasas mal sin necesidad de que alguien te rompa el corazón.

—No te preocupes, eso no va a pasar.

—Y si pasa, ya sabes dónde encontrarme. Estoy aquí para lo que necesites —zanjó Eric.

A veces es un asco tener amigos que te conocen tan bien, es imposible tener secretos con ellos, pero también es bonito saber que están ahí pase lo que pase. Todavía recordaba la última discusión que había tenido con Eric, cómo me sentí los días que estuvimos sin hablarnos y no quería que eso volviese a suceder nunca. Era mi mejor amigo y lo quería siempre a mi lado, aunque me dijese cosas que no quería escuchar.

Me quedé dormida con ese pensamiento en la cabeza.

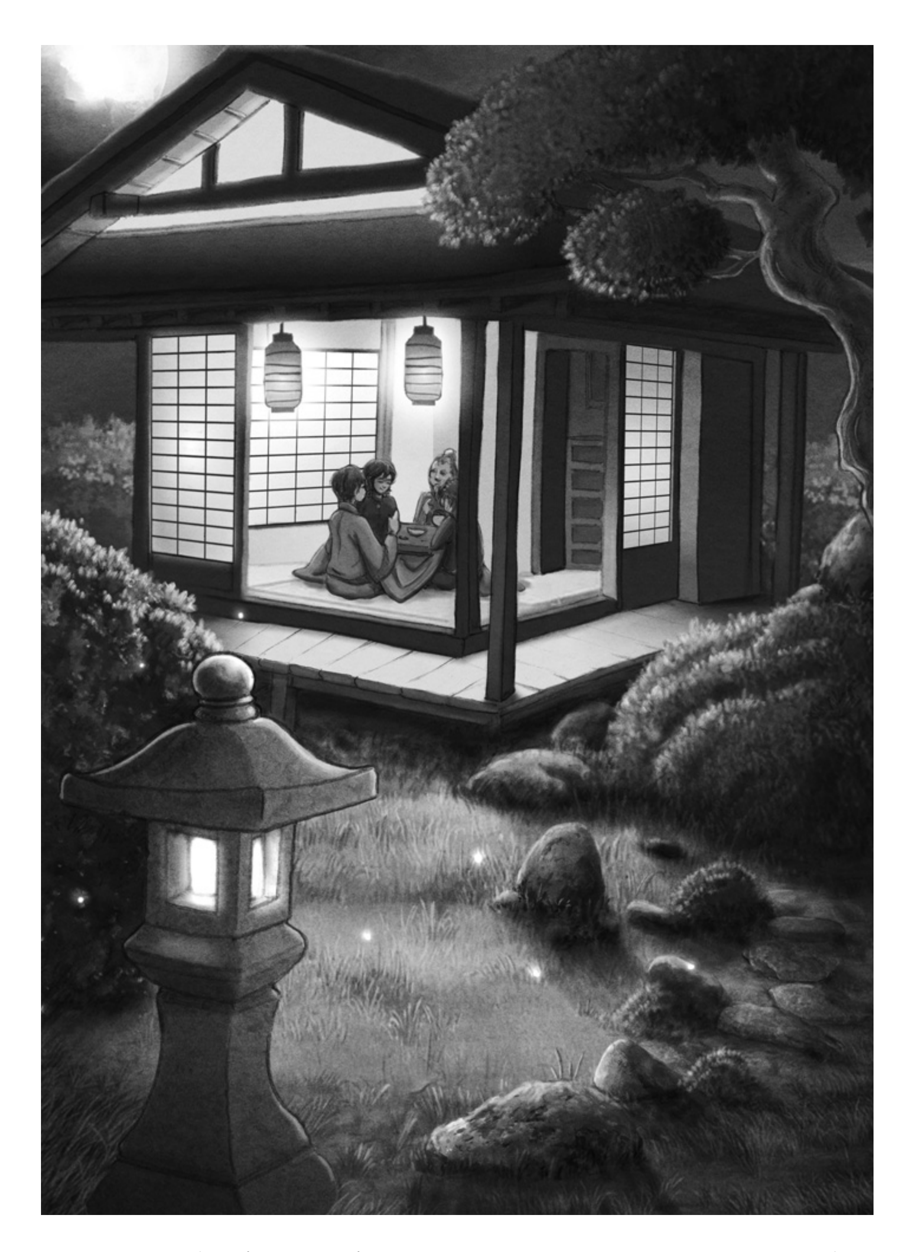
Dormimos durante varias horas y, cuando despertamos, la noche estaba a punto de caer. El abuelo nos acompañó hasta el lugar que hacía las veces de cuarto de baño. Se trataba de una construcción similar a las anteriores, pero con algunas diferencias. El suelo era de roca y se dividía en varias estancias: en una de ellas había un pequeño vestuario, en otra el retrete y en la última, más amplia, se encontraba una bañera de madera de cedro llena de agua humeante junto a una ducha. El anciano nos dejó solos para que pudiésemos asearnos tranquilos y nos pidió que, al terminar, nos acercásemos a la cabaña en la que habíamos almorzado.

Usamos el cuarto de baño por turnos. La ducha funcionaba tirando de una cuerda, no había agua corriente en el lugar… Excepto en la bañera, en la que, según nos contaron más tarde, habían conseguido crear un circuito que traía el agua caliente desde una fuente termal natural situada no muy lejos de la aldea.

Cuando acabamos de asearnos, nos dirigimos a donde nos había dicho el anciano y allí encontramos al abuelo y al nieto esperándonos frente a una mesa llena de platos con arroz, pescado y carne a la brasa, diferentes salsas, cuencos de sopa de miso y verduras de todos los tamaños y colores. El aroma de la comida era tan delicioso como el del almuerzo y no pude evitar comenzar a salivar de nuevo. Nos sentamos frente a aquella mesa tan baja —después nos enteramos de que se llamaba *kotatsu*— y comimos con apetito. Al fin y al cabo, tal y como había dicho mi tía, estábamos en edad de crecer.

Durante la comida de la mañana yo había tenido ciertas dificultades para manejar los palillos, así que miré a Eric, que los utilizaba con soltura.

—¿Qué? —preguntó cuando acabó de masticar.



—¿Por qué sabes usarlos y yo no? —Mi pregunta arrancó una carcajada en la mesa. Hiro se levantó y comenzó a acercarse a mí.

Se me aceleró el corazón.

Eric se dio cuenta de lo que me pasaba —aquella misma noche, en un momento en el que estuvimos a solas, me contó que me había

puesto roja como un pimiento— y detuvo al chico.

—No te preocupes, Hiro, yo se lo explico.

Eric me enseñó a sostener los palillos y a conseguir que la comida no se me cayese por el camino. A mí me resultaba bastante difícil, pero por fin pillé los rudimentos básicos del uso de aquellos chismes del infierno y pudimos continuar comiendo. Cosa que, con el hambre que tenía, agradecí mucho.

El abuelo nos miraba satisfecho, alegre por nuestro apetito.

—Solo tres jóvenes completamente sanos comerían así —comentó llevándose un poco de arroz a la boca con los palillos—. No tengáis prisa por acabar, después hablaremos.

—Habla usted como mi abuela —rio mi amigo, estaba mucho más cómodo ahora que sabía que nadie quería matarnos.

—Soy un abuelo, Eric-san, no lo olvides. A todos los abuelos nos gusta veros comer lo que hemos cocinado para vosotros.

Acabamos y recogimos la mesa entre los tres jóvenes, permitiendo que Hanzō reposase tras habernos preparado todos aquellos manjares. Aquel hombre tenía un don para la cocina y yo pensaba aprovecharlo durante todo el tiempo que pasase allí. Si el precio suponía recoger, limpiar la estancia y fregar los cuencos, estaba dispuesta a pagarlo todas y cada una de las veces.

Cuando todo estuvo limpio y recogido —había un pozo en la parte trasera de la cabaña de donde sacamos agua para lavar los cuencos y los palillos—, volvimos a entrar. El anciano, que había estado dormitando, se espabiló y me pidió que fuese a por la espada de las Diez Mil Noches Frías.

Regresé con ella y se la ofrecí. Él la recogió y la posó sobre el *kotatsu.*

La madera lacada de la vaina, negra y curvada, refulgió a la tenue luz de la estancia. Me alegró ver que el anciano no quiso sacar la hoja para admirar su filo delgado y la hendidura con el dibujo de olas.

Solo algunas velas iluminaban el entorno.

—Ahora, escuchad con atención —pidió el anciano—, voy a

contaros algo y después tú, Amanda Black, tendrás que tomar una decisión. Espero que honres a tu familia con ella.

9

—Hace mucho mucho tiempo, un samurái que no tenía ningún *shōgun* al que servir, un *shōgun* era el general o el señor al mando —explicó Hanzō—, cayó en desgracia y fue encarcelado. Después de mucho esfuerzo, su familia por fin pudo reunir la fianza para liberarlo, por lo que su padre y su hijo partieron para hacerlo. No obstante, en el camino fueron atacados por el maestro Rokuyaon Gun, un hombre malvado que mató al padre del samurái cautivo y secuestró al niño, que contaba con tan solo dos años de edad, y al que poco después abandonó en un valle. El niño, Tomokichi, fue encontrado por otro samurái libre, Ogata Shuma Hiroyuki, más conocido como Jiraiya, que en vuestro idioma se traduciría como el Trueno Joven —añadió el anciano—, y este decidió criarlo como a su propio hijo y enseñarle las artes de los samuráis. Jiraiya era un bandido que robaba a los ricos para dárselo a los más desfavorecidos… Eso, por supuesto, le granjeó la enemistad de mucha gente poderosa, que nunca pudieron atraparlo debido a sus tácticas, más propias de los ninjas que de los samuráis.

—¡Qué fuerte! Es como Robin Hood —murmuró Eric en mi oído.

—Correcto, Eric-san —concedió el anciano sonriendo.

A pesar de que yo apenas había entendido lo que había dicho mi amigo, el oído de aquel hombre lo había captado todo.

—La leyenda se asemeja a la de vuestro Robin de los bosques, pero a partir de aquí se separan un poco… Veréis, con el paso de los años, Tomokichi descubrió que había sido el maestro Gun quien había matado a su familia y quiso vengarse de él, así que lo

persiguió hasta el monte Miyoko.

»Tomokichi no pudo cumplir su venganza, pues el maestro Gun fue salvado por el sapo inmortal que vivía en la montaña, quien le impuso solo una condición para dejarlo vivir: que no le contase a nadie lo que allí había ocurrido. Esa misma noche, Gun se emborrachó y acabó contándolo todo a uno de los seguidores de Jiraiya, que corrió a informar al ninja. Jiraiya fue al día siguiente al monte Miyoko, donde el sapo inmortal, conmovido por su lealtad y a pesar de tratarse de un bandido, le enseñó a dominar su magia. Jiraiya era muy popular entre el pueblo y llegó a tener numerosos seguidores y discípulos. Entre ellos Yashagoro, quien, a pesar de que Jiraiya intentó instruirlo en la magia del sapo, comenzó a estudiar la magia de la serpiente, muy poderosa y mortal. Yashagoro finalmente fue corrompido por ella y se convirtió en Orochimaru, un poderoso mago que intentó asesinar a Jiraiya y a su mujer envenenándolos con su magia. Solo la intervención de otro de los discípulos de Jiraiya pudo salvarlos de aquel veneno.

Sōya Hanzō hizo una pausa y nos miró durante unos instantes permitiéndonos digerir la historia que acababa de narrarnos. Yo no terminaba de entender por qué nos había contado todo aquello ni qué tenía que ver con nosotros; sin embargo, guardé silencio. Sabía que tarde o temprano llegaríamos al fondo del asunto, solo tenía que callarme y dejar que las cosas siguiesen su curso.

Aproveché para observar a Hiro, sentado frente a mí.

Cuando alcé la mirada hacia él, me di cuenta de que sus ojos estaban clavados en mí. Por supuesto, disimulé haciendo como que contemplaba algo situado detrás de él, pero creo que me pilló.

Hiro me producía mucha curiosidad, era callado, tranquilo, discreto… En eso no se parecía en nada a mí, mientras que en otros aspectos era como yo: sobre él había recaído una herencia que no había pedido, pero la llevaba lo mejor que podía. No obstante, entre él y yo había algunas sutiles diferencias: él solo tenía a su abuelo, mientras que yo tenía a la tía Paula, a Benson, a mis amigos… Incluso lord Thomsing, el novio de mi tía, formaba parte de mi

círculo. Y todo eso sin contar con que yo, por lo menos, podía fingir tener una vida normal: iba al instituto, salía de vez en cuando, podía jugar a videojuegos… Él no tenía nada de eso… ¡Y yo me quejaba!

El abuelo se aclaró la voz para continuar con su relato.

—Muchos creen que esto es un cuento tradicional japonés… Pero tiene un fondo de verdad, como todos los mitos. —Hizo una pausa y nos miró sonriendo—. Y ahora os preguntaréis qué tiene que ver todo esto con vosotros y con la decisión que hay frente a ti, Amanda-san.

—Un poco sí, no se ofenda —repliqué en voz baja. Al elevar la mirada, vi que Hiro sonreía ante mi comentario. Eso me puso un poco nerviosa.

—Bien, mi Hiro-san y yo somos descendientes de Jiraiya, los últimos de nuestro clan, como ya sabéis. Cuando nosotros desaparezcamos, no quedará nadie que proteja este país de Orochimaru.

—Pero ¿Orochimaru sigue vivo? —intervino Eric—. Yo pensaba que lo que nos había contado había sucedido hacía mucho… Eso dijo al empezar.

El abuelo soltó una carcajada.

—Tienes razón, Eric-san. Orochimaru desapareció de la tierra hace siglos, pero su magia sigue aquí. La magia de la serpiente todavía sigue viva y es tan terrible y peligrosa como el primer día. No muy lejos de nuestra aldea se encuentra el poblado en el que viven sus descendientes, el clan Orochimaru. Sus miembros siempre han intentado desatar las fuerzas del mal sobre Japón, así podrían controlar el país y a sus habitantes… Y siempre se han encontrado con la oposición férrea de nuestro clan… Amanda-san, ¿tú no sentiste nada yendo hacia la cueva donde se ocultaba Juuchi Yosamu, la espada de las Diez Mil Noches Frías? —preguntó de repente el anciano.

—S… S… Sí —balbuceé—. Sentí que nos seguían, que nos

observaban… Después pensé que había sido su nieto.

—No, no era él. Le pedí que se encontrase con vosotros a la entrada de la caverna y os pidiese la espada, pero no que os siguiese. ¿Lo hiciste,
Hiro-san?

—No, yo cumplí con tus órdenes, *sensei*, si bien puede que me pasase un poco… Los amenacé con la muerte —concluyó avergonzado.

—No te preocupes ahora por eso,
Hiro-san…
Fueron ellos, los Orochimaru —concluyó el anciano—. Lo importante es que el clan Orochimaru sabe que tenéis la espada. No pararán hasta hacerse con ella. Y son muchos más que nosotros.

—Pues nos la llevamos a nuestra casa y listo —zanjé comenzando a ponerme en pie—. Allí tenemos un lugar en el que los Orochimaru esos no podrán entrar.

—No es tan sencillo. —El anciano alzó una de las manos al decirlo pidiéndome paciencia. Aquello detuvo el movimiento que yo ya había iniciado. Volví a sentarme—. El clan Orochimaru ya posee el medallón del Tomoe, un objeto que alberga una magia aún más poderosa que la de la espada… Y mucho más malvada si cae en las manos incorrectas. Para eso necesitamos esta catana. —Posó una de sus manos sobre la espada que descansaba sobre la mesa—. Su filo puede cortar cualquier cosa, incluido el medallón, con ella podemos arrebatarles el Tomoe y destruirlo, solo así recobraremos el equilibrio.

—¿Qué es eso del Tomoe? —pregunté.

—Un símbolo religioso —dijo Hiro con voz lúgubre—. Son tres comas que se unen en el centro. Es muy común en Japón, pero este medallón en concreto está encantado: su portador puede conjurar las fuerzas del cielo, las de la tierra… Y las del inframundo, las peores de todas, espíritus terribles que pueden acabar con todo lo que se cruce en su camino. Si esas fuerzas consideran que quien las convoca es digno, lo obedecerán en lo que les pida. Si no lo han

utilizado ya es porque temen no ser dignos y que estas fuerzas se vuelvan en su contra, pero no sabemos cuánto tiempo va a durar esta situación. Podrían intentar convocarlas en cualquier momento.

—Y ahora que lo sabéis todo —tomó la palabra el abuelo—, ha llegado la hora de que decidáis que queréis hacer. Podéis regresar a casa llevándoos con vosotros la espada, podéis marchar dejándonos la espada… o bien… podéis ayudarnos a destruir el Tomoe y a evitar que la espada caiga en manos de los Orochimaru.



10

—Necesito hablar con mi tía —dije cuando el anciano hizo su petición—. Creo que sé lo que tengo que hacer, pero prefiero hablar con ella… Si me perdonáis…

Tanto el abuelo como el nieto asintieron. Yo me levanté y salí de la cabaña, Eric me siguió.

Llamé a la tía a través de mi reloj, contestó enseguida.

—Amanda, cariño, veo que estás en el poblado de los Sōya…

—¿Tú los conoces? —la interrumpí—. ¿Por qué no me habías dicho nada?

—Pensé que el viejo Hanzō ya habría muerto. Cuando yo lo conocí ya era muy anciano y eso fue siendo yo niña… Era el último Sōya. Su hija, su yerno y su nieto fallecieron hace años, un terrible accidente… Algo horrible. Era una pareja maravillosa, muy buenos amigos nuestros… El niño apenas tenía dos años cuando sucedió aquello. Ni siquiera pude ir al funeral, fue nada más desaparecer tus padres… Tenía que mantenerte a salvo.

—El niño no murió, vive aquí con el abuelo, que sigue vivo. —Si mis cálculos no fallaban, Hiro tenía quince años y el abuelo unos dos mil, año arriba, año abajo—. Tía, te llamo porque necesito tu consejo…

Le conté a la tía Paula todo lo que nos había desvelado el señor Sōya sobre la espada, los Orochimaru y el Tomoe encantado. La hice partícipe de mis dudas y de lo que podría significar aceptar ayudarlos y que fracasásemos: el clan Orochimaru se haría con dos objetos muy poderosos.

La tía me escuchó con paciencia preguntando cuando debía hacerlo, comprendió mis dudas y mis miedos. Cuando acabé de narrarle lo que habíamos averiguado hasta ese momento, me preparé para escuchar su consejo.

—Amanda, cariño, confío en ti para hacer lo correcto —dijo.

Yo esperé a que continuase. Después de varios segundos, me di cuenta de que había acabado.

—¿Y ya está? —pregunté sorprendida—. ¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—Claro, creo que ya estás preparada para decidir por ti misma —explicó.

—Pues vaya —bufé.

—Algún día no estaré aquí. Tienes que empezar a tomar tus propias decisiones y este me parece un momento tan bueno como cualquier otro, cielo.

Entendía lo que me estaba diciendo y tenía razón, pero habría preferido que me hubiese dado esa lección de independencia y criterio en otro momento. Me despedí de mi tía diciéndole que no sabía cuánto tardaríamos en regresar a casa y corté la llamada.

Miré a Eric.

—No ha sido de mucha ayuda, ¿eh? —comentó divertido.

—Tú tampoco lo estás siendo —repliqué cortante—. Dime, ¿qué opinas? ¿Debemos ayudarlos?

Eric suspiró.

—Ya has tomado una decisión y yo la apoyo, aunque no me hace ninguna gracia. Preferiría largarme a casa con la espada —dijo posando una mano en mi hombro e inclinándose para mirarme a los ojos—, pero también sé que no puedes hacer otra cosa… Y, la verdad, tampoco espero que hagas otra cosa. Además, hay algo más que te empuja a ayudarlos: los Sōya son como los Black, compartís todos la misma misión… Y eso sin contar con que ambas familias ya habéis colaborado en el pasado… Sé que necesitas…, no sé cómo decirlo…, ¿honrar ese vínculo?

Sabía a qué se refería mi amigo.

Y no se había equivocado ni un poquito.

—¿Y si fallamos? —pregunté—. Esos Orochiloquesea parecen peligrosos… Son ninjas… No sé si estaré a su altura.

—Ya nos ocuparemos de ello cuando fallemos. —Eric tenía razón. Si fracasábamos, ya se ocuparía de ello mi yo del futuro—. Venga, entremos, tienen que estar deseando saber qué vas a hacer.

—Espera —retuve a mi amigo por el brazo—. Tienes que prometerme que te mantendrás al margen, de esto nos ocuparemos nosotros, no quiero que sufras ningún daño.

—Pero…

—Ni pero ni nada, o me prometes que no intervendrás o nos marchamos con la espada ahora mismo.

—Está bien —rezongó Eric—. Lo prometo.

—¿Puedo preguntarte algo?

—¡Qué fuerte! Pues claro que puedes preguntarme algo, lo que sea.

—¿Por qué has cambiado de opinión sobre ayudarlos? Esta mañana ni siquiera querías venir hasta esta aldea…

—Amanda, esta mañana no sabía quiénes eran estas personas, pensaba que querían hacernos daño. Ahora sé que no son tan diferentes a ti. Yo también creo que necesitan nuestra ayuda… Tu ayuda. No podemos marcharnos y dejarlos a su suerte… Además —añadió dándome un codazo—, creo que te gusta Hiro más de lo que tú misma quieres admitir.

Por supuesto, sentí como mis mejillas se coloreaban, el calor trepó hasta mis orejas.

—Puede ser —confesé—. ¿Se me nota mucho?

—Yo te lo noto porque te conozco muy bien, él no creo que se haya dado cuenta… Pero eso, no quiero perderme esta bonita historia de amor —zanjó con tono burlón.

—Eres idiota —reí devolviéndole el codazo.

—Lo sé y por eso me quieres tanto.

—Y por eso te quiero tanto —acepté enganchando mi brazo al suyo y tirando de él hacia el interior de la cabaña—. Vamos,

tenemos un medallón que destrozar.

Entramos en la choza y les comunicamos nuestra decisión a Hanzō y a Hiro. Ambos suspiraron aliviados al saber que no solo contarían con la espada de las Diez Mil Noches Frías para su misión, sino que además habían conseguido reclutar a los Black… O, mejor dicho, a la Black, o sea, a mí. También dejé claro que Eric se quedaría en el poblado. Él no haría otra cosa que esperarme en un lugar seguro. Lo último que pretendía hacer era ponerle en peligro.

Tanto el anciano como el joven estuvieron de acuerdo.

—Muy bien, entonces, ¿cómo lo hacemos? —quise saber.

—Tarde o temprano vendrán a por nosotros —declaró Hiro—. Creo que deberíamos adelantarnos a ellos, pillarlos por sorpresa en su propio campamento. Entrar y salir de allí sin que nos vean y con el Tomoe en nuestro poder.

—¿Sabemos dónde lo guardan? —pregunté.

—Supongo que en la cabaña de su *sensei*, es la última antes del *dōjō*.

—Creo que en esto puedo echaros una mano —intervino mi amigo—. Enviaré al dron a que reconozca el terreno, con un poco de suerte podríamos situar el Tomoe y así sabríais con total seguridad dónde se encuentra… Así como cuántos son, pero tendréis que decirme hacia dónde dirigirlo.

Salimos a la oscuridad de la noche y mi amigo comenzó a preparar su robot volador. Hiro lo observaba mientras comprobaba los parámetros del dron y yo lo observaba a él. El chico le hizo algunas preguntas a Eric, que las contestó de buen grado. Poco después, los dos reían mientras mi amigo le explicaba el funcionamiento. Por fin el dron estuvo en el aire.

—¿Quieres controlarlo tú? —le preguntó Eric a Hiro. El chico y yo lo miramos sorprendidos. ¡A mí nunca me había ofrecido llevarlo!—. Amanda, ya sé lo que estás pensando, pero tú nunca has mostrado el más mínimo interés por el dron…

En eso Eric tenía razón.

Hiro tomó el dispositivo de Eric en sus manos y, con mucha

cautela, comenzó a mover el control sobre la pantalla.

El dron se elevó sobre nosotros, después sobrevoló los árboles y comenzó a avanzar. Por suerte, su alcance nos permitía permanecer en el poblado, sin correr riesgos, mientras el robot hacía su trabajo.

El chico lo guio durante varios minutos por encima del bosque hasta que llegó a una aldea parecida a la de los Sōya, las únicas diferencias eran que era algo más grande, bastante, y que había más personas moviéndose por su interior, también bastantes más.

—A partir de aquí, te dejo a ti. —El ninja le tendió el dispositivo de nuevo a su propietario.

Eric manejó el control con maestría. Primero hizo descender el dron hasta sobrevolar las cabañas a apenas unos centímetros por encima del tejado. Localizó las cocinas, el arsenal donde guardaban las armas, los dormitorios y el *dōjō*, así como los baños y lo que parecía una cabaña que utilizaban como una especie de sala común. Se dirigió a la que, por su tamaño, supuso que era la del jefe del clan y entró en ella.

El Tomoe reposaba en un altar al fondo de la estancia, en el que pudimos ver un cuenco de bambú lleno de agua, otro cuenco con plumas, otro con una roca con un símbolo grabado y uno más lleno de un líquido parecido a la sangre que yo hubiese apostado algo a que era eso, sangre.

—Vale, pues ya sabemos dónde ir —comenté—. Trae al dron de regreso.

—Espera, antes vamos a trazar un mapa de la zona y a marcar en él todo lo que hemos averiguado —replicó Eric.

De nuevo en el exterior, Eric hizo volar al dron por toda la aldea escaneando las imágenes que iba captando con su cámara y enviándolas a mi reloj. Detrás del *dōjō* habíamos encontrado otro altar. Este más grande, de piedra, rodeado de antorchas altas, fuentes y símbolos grabados en la roca.

—Ahí es donde piensan realizar el ritual que convoca el poder del Tomoe —explicó Hiro—, por suerte, todavía no lo han llevado a cabo. Supongo que esperan a tener la espada en su poder.

—¿Por qué esperarían? —No conseguía entenderlo. Si convocaban el poder del Tomoe, no tendrían ninguna dificultad en hacerse con la catana de Muramasa.

—Las fuerzas que es capaz de desatar el Tomoe no son fáciles de controlar —aclaró Hiro—. Tienen que considerar que eres digno de su obediencia. No obstante, cualquiera que posea la Juuchi Yosamu tendría la oportunidad de hacerlo, puesto que podría eliminar a los espíritus del aire, la tierra y el inframundo en cualquier momento, solo con desearlo. Portar la espada les convertirá en dignos.

—O sea, que son espíritus, pero no tontos —comentó Eric divertido—. Eres digno si puedes destruirlos… De lo contrario, ya veríamos.

—Algo así —aceptó el chico.

—Muy bien, pues no les demos tiempo a que cambien de opinión en cuanto a lo del ritual. Partamos de inmediato —decidí.

Hiro asintió con una sonrisa que no supe interpretar, algo a caballo entre la admiración y la gratitud.

Poco después, el joven ninja y yo caminábamos decididos por el bosque en dirección al poblado de los Orochimaru.

Teníamos el plano de la aldea, la situación exacta del Tomoe y llevábamos con nosotros la espada de las Diez Mil Noches Frías para destruir el medallón. No obstante, nuestra baza más importante era el efecto sorpresa. Estábamos seguros de que aquel clan corrupto por la magia de la serpiente no esperaba que nos metiésemos en la boca del lobo. Pensábamos salir victoriosos de nuestra incursión.

No sabíamos lo equivocados que estábamos.

11

Reducíamos la distancia que nos separaba del clan Orochimaru a buen ritmo. Con Eric aguardando a nuestro regreso en la aldea no necesitábamos contener nuestras habilidades. La floresta estaba poblada por numerosos árboles, más de los que yo había visto nunca juntos. La cercanía entre ellos nos permitía avanzar saltando de rama en rama, evitando el lecho del bosque, cubierto por los cadáveres de hojas caídas el otoño anterior. De este modo, si los Orochimaru tenían vigías patrullando los alrededores de sus dominios, no serían capaces de vernos.

No habíamos tenido tiempo para preparar mucho aquella incursión, el efecto sorpresa era nuestra baza más fuerte y no podíamos perderla, por lo que toda precaución era poca.

Nos movíamos como dos sombras, ambos vestidos de negro de los pies a la cabeza. Yo le había dado la catana a Hiro, que la llevaba a su espalda. Él me había explicado que a pesar de que era mucho más diestro con el *ninjatō*, una espada algo más corta que la Juuchi Yosamu, también había sido entrenado en el uso de la catana. Lo que estaba más que claro era que, llegado el momento, él sabría utilizarla mejor que yo. En mis entrenamientos con la tía Paula solo había aprendido a manejar cuchillos y machetes, aunque casi nunca iba armada en mis misiones, no me gustaba hacerle daño a la gente. No obstante, habíamos decidido utilizar la espada tan solo para destruir el Tomoe. Sabíamos que su uso corrompía al portador, lo que no sabíamos era cuántas veces tendría que utilizarla para convertirse en el monstruo sediento de muerte que la

tía me había contado.

Poco después de salir de la aldea, tuve de nuevo la sensación muy intensa de estar siendo observada, pero al mirar a mi alrededor no conseguí ver nada más que la cola de una culebra desapareciendo en la espesura, a unos metros por debajo de nosotros. No le di mayor importancia ya que la impresión desapareció segundos después.

Continuamos comiéndonos los kilómetros que nos separaban de nuestro destino hasta que, sin previo aviso, Hiro levantó una mano y se detuvo sobre una rama gruesa. Habíamos acordado una serie de señales para no necesitar hablar, ya que el sonido de nuestras voces podría llamar la atención de alguno de los Orochimaru.

Me acerqué a su posición y me agaché a su lado, y él señaló hacia adelante. Miré en la dirección en la que apuntaba su dedo para darme cuenta de que nos separaban apenas cincuenta metros del poblado. Habíamos llegado.

No nos dio tiempo a nada más.

En ese momento, el infierno se desató sobre nosotros.

Una sombra se cernió a toda velocidad sobre mí. Pude esquivarla por los pelos, pero antes de recuperar el equilibrio sobre la rama en la que me encontraba, la sombra se revolvió y me golpeó de nuevo, haciéndome caer. En el último momento, pude sujetarme a otra rama más baja que se partió con el peso de mi cuerpo; sin embargo, ya me había dado tiempo a prepararme para la caída. Según rocé el suelo, ya estaba preparada para plantarle cara a mi atacante.

Desde abajo vi a Hiro pelear con tres enemigos a la vez. Era ágil, flexible, veloz.

Sus golpes se sucedían a la velocidad del rayo. Uno, otro, otro más. Consiguió dejar fuera de combate a uno de los Orochimaru, que cayó junto a mis pies, pero uno nuevo ocupó su lugar.

Tuve que dejar de mirarlo.

Yo tenía mis propios problemas.

Frente a mí se había materializado la sombra que me había atacado en el árbol y no parecía que viniese con buenas intenciones.

Me lanzó algo que no vi y que esquivé con facilidad. La velocidad es una de las ventajas de ser una Black y, en ese instante y en los que le siguieron, me sentí muy agradecida por ser quien era. El tipo aquel me estaba arrojando una especie de estrellas dentadas que fueron a clavarse en los troncos de los árboles situados a mi espalda.

Vale, seguramente aquel ninja no había pretendido eso, pero ahora YO podía hacerme con sus armas. Esquivé sus golpes y ataques mientras serpenteaba entre los árboles, haciéndome con todas las estrellas que, una a una, fueron acabando en mis bolsillos sin que el ninja enemigo se diese cuenta. No me gustan las armas, pero en medio de aquella lucha me dio tiempo a reconsiderar mis opciones: o las usaba yo o las usaban los Orochimaru, así que decidí que mejor las utilizaba yo. De lo contrario, estaría muerta.



Intenté alejarme de él para lanzárselas, pero no conseguía ganar la suficiente distancia. Necesitaba cambiar de estrategia.

Metí la mano en el bolsillo todavía esquivando los ataques de mi oponente y sujeté una de las estrellas como si fuese un puñal —más

tarde supe que se llamaban *shuriken*, pero en aquel momento aquello no podía importarme menos— y me lancé hacia mi contrincante. Cuando casi estuve frente a él, tomé impulso, doblé las rodillas y me deslicé sobre ellas superando su posición. Alcé la mano con la que sostenía la cuchilla y se la clavé con todas mis fuerzas en la parte trasera del muslo, lo que le hizo caer doblado sobre sí mismo por el dolor. Me levanté antes de terminar el deslizamiento y aproveché para descargar una patada desde arriba sobre la parte alta de su espalda.

Se desplomó como un saco de piedras.

Giré sobre mí misma buscando a Hiro entre las ramas de los árboles.

No estaba.

—¡Hiro! —grité.

—¡Aquí!

Seguí el sonido de su voz y lo encontré algunos metros más allá, le habían acorralado entre varios; sin embargo, no había sacado la espada que podía salvarlo. Corrí hacia él y, de nuevo, me lancé al suelo, esta vez con los pies por delante, en dirección a uno de los hombres que lo rodeaban. Conseguí derribarlo. Había sido una maniobra sucia, pero efectiva.

Hiro atacó a otro de los Orochimaru en ese momento.

Me levanté de nuevo, esquivé a un ninja con un giro de cintura y un salto en dirección contraria. Me acerqué por la espalda al tipo que luchaba contra Hiro y atrapé su cuello con una llave de mi brazo derecho a la vez que, con la mano izquierda, le daba un golpe en la sien. El impacto consiguió desequilibrarle e Hiro aprovechó para dejarlo sin sentido. De nuevo, había sido una maniobra bastante ruin; no obstante, aquellos tipos eran muy buenos y yo solo podía enfrentarme a ellos utilizando todo mi arsenal… Y olvidándome de todo código del honor que pudiese tener, que no es que tuviese ninguno a la hora de pelear. Robar era otra cosa, solo robaba objetos que podían ser peligrosos para la humanidad, pero a la hora de pelear, mi único objetivo era salvar el culo… Y en

aquellos momentos mi culo corría muchísimo peligro.

Quedaban otros tres Orochimaru en pie que se acercaban lentamente hacia nosotros, intentando rodearnos. En el bosque se escuchaba el sonido de pasos aproximándose a la carrera. Esos tres iban a ser algunos más —no teníamos ni idea de cuántos más— en breves instantes.

Hiro desenvainó la espada con un movimiento fluido y raudo.

Los ninjas quedaron paralizados en el sitio. Sin atreverse a dar un solo paso en nuestra dirección.

—Nos vamos —susurró el joven acercando su cabeza a la mía de forma que pude aspirar el aroma que desprendía. Olía a musgo, a sol, a limpio y bajo todo ello, a un leve olor cítrico, como a limas recién cortadas, que casi consiguió hacerme perder la atención. Y no podía perderla. No en ese momento.

Uno de los ninjas situado frente a nosotros comenzó a hacer unos movimientos extraños con sus dedos. De ellos surgió un humo amarillento que se precipitó sobre mi rostro.

Hiro me empujó haciéndome caer de culo y el humo pasó de largo. A continuación, el chico afiló la mirada y la centró en el tipo que me había atacado con esa siniestra neblina. Un corte sangrante apareció en la mejilla del hombre, que gritó de dolor, lo que consiguió que sus compañeros se volviesen hacia él para ver qué sucedía.

Hiro aprovechó la distracción; sacudió la cabeza, me tendió una mano para ayudarme a ponerme en pie y desaparecimos zigzagueando entre los árboles.

No nos siguieron, sabían que no podrían vencer al portador de la espada de Muramasa.

Cuando nos hubimos alejado lo suficiente, mi compañero se detuvo y se volvió hacia mí.

—¿Estás bien? —preguntó nervioso recorriendo mi cara con las manos, buscando una herida—. ¿Te ha tocado la niebla?

—No, no… No me rozó —repliqué intentando tranquilizarle—. ¿Qué sucede? ¿Qué era eso?

—La magia de la serpiente… Si ese humo te toca, te envenena, sería cuestión de horas que murieses… ¿De verdad que estás bien?

—Sí, en serio, estoy bien… —dije atrapando sus manos con las mías y mirándolo a los ojos—. Me has salvado. Todo está bien.

—Nos estaban esperando, sabían que iríamos…

—Tú… ¿Estás bien? —lo interrumpí. Había utilizado la catana y eso tenía un precio.

—Creo que sí… No tuve más remedio que usarla, cada vez venían más y… y…

Rompió a llorar.

Lo abracé con torpeza. Me ponía muy nerviosa estar tan cerca de él.

—No pasa nada —dije sin saber muy bien qué otra cosa podía decir—. Tuviste que hacerlo.

—Lo sentí, ¿sabes? Sentí que quería matar a aquel hombre… Quería partirlo en dos, ver su sangre derramada empapando los árboles que nos rodeaban… No quiero convertirme en un monstruo…

—No lo harás. Solo la utilizaremos para destruir el Tomoe… Y yo lo haré. Yo me encargaré de eso. No quiero que utilices más esa espada.

—No, no puedo permitírtelo. —Se alejó un par de pasos y negó con la cabeza remarcando sus palabras—. Debo protegerte.

—¡Venga ya! —exclamé enfadada—. Por si no te has dado cuenta ahí atrás, puedo protegerme yo solita… Y bastante bien, ya que nos ponemos.

—No, no lo entiendes —me interrumpió—. No es que DEBA protegerte, es que QUIERO protegerte… No me perdonaría que te ocurriese algo… Me… —dudó antes de continuar—: Me gustas… Nunca he conocido a nadie como tú.

¡¡¡BUUUM!!!

Así que esto era lo que había sentido Eric cuando había sabido que él le gustaba tanto a Esme como Esme a él. No estaba nada mal, era como tener un montón de bichos haciendo una carrera en tu

estómago, mezclado con una sensación extraña que se situaba más o menos entre la euforia y el alivio.

PERO.

PERO.

Ahora teníamos cosas más importantes de las que ocuparnos… Y la primera de ellas era regresar a la aldea para informar de lo ocurrido al abuelo y a Eric.

Una vez más, le lancé el problema a mi yo del futuro.

Mi yo del futuro no debía de estar muy contenta con mi yo del presente.

12

Avanzábamos en la oscuridad de la noche, solo la luz plateada de la luna llena conseguía penetrar el muro verdoso formado por las ramas y las hojas de los árboles, moteando el camino con un resplandor blanquecino y brillante. Íbamos en silencio, todavía esperando que los Orochimaru nos cortaran el paso en cualquier instante.

—¿Qué es eso? —Hiro señalaba hacia adelante, al lugar en el que se suponía que se encontraba su aldea, donde resaltaba un brillo anaranjado.

—Eso es fuego —murmuré lanzándome a la carrera en dirección al poblado.

Corrí todo lo que daban mis piernas con Hiro pisándome los talones.

La aldea estaba en llamas.

Y en ella estaban el abuelo y Eric.

No quería ni pensar que les hubiese sucedido algo.

Las lágrimas comenzaron a escaparse de mis ojos, perdiéndose en la noche al ser empujadas por el viento que cortaba en mi carrera. En mi cabeza saltaban imágenes terribles: Eric y el abuelo, muertos, abrasados por el fuego, atravesados por una flecha enemiga, apuñalados, envenenados… Se me ocurrían mil maneras de encontrarlos y en mi imaginación todas eran espantosas. El miedo que sentía apenas me dejaba pensar en otra cosa que no fuese llegar cuanto antes.

Lancé una mirada rápida a Hiro quien, por el gesto rígido de su

rostro, estaba teniendo pensamientos iguales a los míos… O, por lo menos, muy parecidos.

Vi las estatuas protectoras en el sendero: la tortuga, el tigre, el ave fénix y el dragón, testigos mudos de lo que fuese que había sucedido en el lugar… Tampoco habían cumplido muy bien su función puesto que no habían conseguido proteger la aldea de lo ocurrido en ella aquella noche, pero por lo menos ahora sabía que ya faltaba poco para llegar.

Hiro tiró de mi brazo deteniendo mi avance.

Me volví hacia él hecha una furia, sin comprender por qué nos parábamos. Vi que se llevaba un dedo a los labios pidiéndome silencio.

Tenía razón, estaba tan cegada por el terror que no me había dado cuenta de que, tal vez, quien hubiese provocado el incendio podría estar esperándonos en el poblado.

Mi acompañante señaló hacia los árboles y se perdió entre ellos. Lo seguí. Comenzamos a acercarnos a la valla que rodeaba todo el perímetro, en silencio. Cuando llegamos a ella, trepamos a uno de los árboles más altos y miramos al interior de la aldea: el *dōjō* estaba en llamas. Frente a él, un cuerpo caído que debido al resplandor del fuego no pudimos identificar. No había nadie más.

Bajamos de un salto y nos precipitamos al interior a toda velocidad. Según acortaba la distancia con el cuerpo caído, reconocí a Eric.

Estaba inmóvil, con los ojos cerrados, sangrando por varios cortes.

—¡Eric! ¡Eric! —llamé zarandeándolo. El fuego crepitaba y rugía a escasos metros de nosotros, y el calor que desprendía hizo que empezase a sudar.

Agarré a mi amigo por debajo de los brazos y lo arrastré hasta un lugar seguro.

Hiro, mientras tanto, entraba y salía de las cabañas que quedaban en pie, gritando el nombre de su abuelo con la desesperación tiñéndole la voz.

Fui al pozo a por agua y regresé junto a Eric sin perder ni un solo segundo. Comencé a mojarle el rostro, llamándolo mientras le daba unas suaves palmaditas que, poco a poco y debido a mi inquietud, se fueron convirtiendo en auténticos bofetones.

—¡Ay, ay, vale, ya…! Ya estoy despierto —se quejó mi amigo tras una torta que había sonado como el restallar de un látigo.

—¡Eric! ¡Eric…! ¿Estás bien? ¡Estás herido! —exclamé abrazándolo sin el más mínimo cuidado.

Mi amigo volvió a quejarse.

—Me han dolido más tus tortazos que otra cosa… —Las lágrimas seguían resbalando por mis mejillas, pero aquello me hizo reír.

—Eres idiota —afirmé abrazándole aún más fuerte.

—Y por eso me quieres.

En ese momento, Hiro se acercó a nosotros con el rostro desencajado por la angustia.

—¡No encuentro al abuelo! —exclamó todavía mirando a su alrededor—. Por favor, Amanda, ¡ayúdame!

Eric trató de levantarse, pero volvió a caer, así que hice que se apoyase en mí y, por fin, consiguió ponerse en pie.

—Hiro, se lo han llevado —dijo poniéndole una mano en el hombro al chico—. Se lo han llevado los Orochimaru. Era todo una trampa.

Conseguimos apagar el fuego del *dōjō* trabajando los tres en equipo. Eric cojeaba un poco debido a sus heridas, pero eso no hizo que trabajase menos en la extinción del incendio. Si saltaba una chispa a uno de los tejados de las chozas contiguas, toda la aldea podría arder, por lo que era vital apagar las llamas.

A continuación, curamos los cortes de mi amigo, algunos bastante profundos. Le habían golpeado sin piedad, lucía un ojo morado y el labio partido, además de heridas en el torso y en las piernas.

—Esta necesita puntos. —Hiro se levantó y se acercó a un armario, estábamos en la choza que utilizaba como dormitorio—.

Te va a doler.

Cosió con destreza el brazo de mi amigo, que se mantuvo mudo a pesar de que yo veía el dolor y las ganas de gritar que sentía con cada puntada.

—Te está quedando un zurcido muy mono —dije intentando rebajar la tensión.

—Eres idiota —consiguió farfullar entre dientes.

—Y por eso me quieres —repliqué dándole otro abrazo, esta vez con cuidado de no hacerle daño.

Hiro nos miraba con una sonrisa desvaída en los labios, muerto de preocupación por su abuelo. Habíamos decidido que necesitábamos un plan antes de intentar siquiera una nueva incursión en el poblado de los Orochimaru y para trazar un plan, uno sin fallos, necesitábamos tiempo para prepararnos.

Mientras comíamos algo, Eric nos contó que, poco después de partir nosotros, los Orochimaru habían invadido el poblado, eran muchos, más de los que un anciano y un adolescente podían manejar. Habían buscado la espada por todas partes y, al no encontrarla, habían decidido secuestrar a Sōya Hanzō y dejar a Eric para que entregase el mensaje: «Dadnos la espada y os devolveremos a vuestro *sensei*. Fallad en esta petición y el viejo será ejecutado».

—Hay algo que no termina de encajar… ¿Cuántos son «muchos más»? —preguntó Hiro entrecerrando los ojos.

—No sé, yo conté cinco, después estaba demasiado entretenido intentando protegerme de sus catanas y de sus puñales como para seguir contando.

El rostro del joven se ensombreció.

Sin embargo, ya no parecía tan preocupado.

—¿Qué pasa? —quise saber—. Hay algo que no nos estás diciendo…

—Si han secuestrado a mi abuelo es porque él ha querido —explicó—. Cinco Orochimaru no son rivales para él… Ni diez… Algo tiene en mente… Supongo que trazó su propio plan cuando vio

que atacaban la aldea. Ahora solo nos falta averiguar qué plan es ese.

—¡Qué fuerte! Pero aun así… lo que no entiendo es cómo supieron que os habíais marchado… —murmuró Eric casi para sí mismo—. Sabían que no estaríais.

Hiro me miró.

—¿Tú has vuelto a tener la sensación de estar siendo observada? —Medité unos instantes… Y al darme cuenta de la respuesta, mis ojos se abrieron hasta casi parecer dos pelotas de tenis—. Ya veo que sí, ¿cuándo sucedió?

—Poco después de partir, al buscar a nuestro alrededor solo vi una culebra desapareciendo entre los árboles. La sensación desapareció enseguida.

—Esa culebra tenía que ser alguien del clan Orochimaru… Ya sabéis, lo de la magia de la serpiente y todo eso. Estaban vigilándonos, esperando a que los atacásemos para venir aquí y robar la catana sin nadie que les molestase…

—Y vosotros os la llevasteis fastidiando toda su estrategia —comentó sonriendo Eric, contento de que los del clan enemigo hubiesen fracasado. Él se había llevado una paliza, sí, pero los Orochimaru no habían conseguido lo que querían y eso, en cierto modo, le consolaba.

A mí había algo que todavía me tenía intrigada.

—Pero ¿por qué siento eso? No lo entiendo… Nunca me había pasado… Al menos, nunca con tanta intensidad…

—Posees algo muy valioso —declaró Hiro—, el *sakki*.

—¿El saqué? —pregunté.

—El *sakki*, se trata de una habilidad que te hace detectar la intención de hacer daño, de matar, lo que te permite reaccionar con velocidad y defenderte a ti o a los tuyos. De hecho, tu dominio de esa habilidad es impresionante, te adelantas, sientes el peligro aunque no sea inmediato. Presta atención a tus intuiciones,
Amanda-san,
pueden salvarte… Mejor dicho, salvarnos la vida.

—Pero ¿por qué ahora? —insistí.

—Eso no lo sé… Supongo que porque te estás enfrentando a un mal muy antiguo, un mal que lleva siglos enquistado, sin nadie que le haga frente. Son una amenaza mortal para todo aquel que se interponga entre ellos y su objetivo… Y tú te has interpuesto… Pero tú no eres normal. Ningún Black lo es. Representáis también una fuerza muy potente, pero contraria a la de ellos, tal vez eso sea lo que ha despertado tu *sakki*.

A falta de una explicación mejor, tendría que conformarme con esa. Lo que no podía dejar de lado era la ventaja tan genial que suponía saber cuándo alguien iba a intentar matarnos.

—Chicos, deberíamos centrarnos —advirtió Eric—. Seguimos necesitando un plan de ataque… Y creo que se me está ocurriendo algo.

13

Eric buscó su mochila y la recuperó en el mismo lugar donde la había dejado, abierta y con el contenido desparramado a su alrededor, pero intacta. Comprobó que su dispositivo y su dron funcionasen sin problemas. A los Orochimaru no les había parecido que contuviese nada interesante y se habían limitado a vaciarla.

—Antes de decir nada, necesitaba saber que mis cosas no habían desaparecido —comentó guardando todo de nuevo en el interior del macuto.

Mi amigo nos contó su idea, no sin antes preguntarme si sentía algo. Solo empezó a narrarnos su plan después de que yo le asegurara que no había oídos indiscretos.

Eric comenzó a explicarnos lo que se le había ocurrido: puesto que Hiro pensaba que el abuelo tenía su propio plan, lo primero sería encontrarlo y liberarlo. Sobrevolaría de nuevo el enclave de los Orochimaru para localizar al abuelo, una vez conociésemos su posición, crearía una distracción. Para ello, utilizaría los explosivos que había instalado Benson en el dron. Solo contaba con cuatro cargas, así que haría saltar por los aires lugares clave: el altar en el que se realizaría el ritual para convocar a las fuerzas del Tomoe, la cabaña junto a la del jefe del clan y el arsenal, donde contábamos con que, además de armas, hubiese explosivos en su interior. Guardaría la última carga para un imprevisto… Y podría haber muchos; no obstante, él solo sería capaz de ayudarnos una sola vez.

Mientras los Orochimaru se ocupaban de los incendios, Hiro y yo correríamos a liberar a Sōya Hanzō. Una vez estuviese libre,

destruiríamos el Tomoe con la espada que, en esta ocasión, llevaría yo. Me había negado a que Hiro volviese a utilizarla… Por supuesto, él había intentado oponerse; sin embargo, no cedí. Yo la había encontrado y yo la blandiría. Él mismo lo había dicho: los Black no éramos normales, así que tal vez yo tuviese una mayor capacidad para resistirme a su poder… En cualquier caso, pensaba arriesgarme. El efecto que la catana había tenido sobre él había sido demasiado terrorífico como para jugármela.

Si tenía una cosa clara en todo aquel asunto era que no quería perder a Hiro. Aquel chico me gustaba como nunca nadie me había gustado. No sabía si había algún tipo de futuro para nosotros, imaginaba que no, más que nada porque él vivía en Japón y su vida tenía un propósito similar al que tenía la mía… Y ya sabíamos todos lo que eso significaba, pero no me importaba, me bastaba —de momento— con saber que él iba a estar bien; si para eso yo tenía que darle un espadazo a una medalla, a mí ya me valía. Por mi parte, aquel medallón se iba a llevar el golpe de su vida.

—Vale, y ¿cómo averiguaremos dónde está el medallón? —quiso saber Hiro.

Una sonrisa pícara atravesó el rostro pecoso de Eric… Quien, acto seguido, lanzó un pequeño aullido de dolor al sentir un latigazo eléctrico en el corte del labio.

—Ay, solo me duele cuando me río —se quejó llevándose una mano a la boca para comprobar si sangraba—. Bueno, a lo que iba… Te voy a hacer dos preguntas… ¿Por qué crees que quiero bombardear la cabaña junto a la del jefe? Esa es la primera. Y la segunda: ¿Tú qué salvarías si creyeses que tu aldea está siendo bombardeada?

Hiro entendió a dónde quería ir a parar mi amigo.

—Aaah, claro… Vigilarás al jefe del clan tras bombardear los puntos estratégicos —concluyó el chico—. Muy inteligente…

—Estoy seguro de que si no lo lleva encima, irá a por él… —confirmó Eric—. Aunque creo que lo más lógico sea que ahora sí lo lleve con él a todas partes. En esta ocasión os estarán esperando, de

ahí que tengamos que sembrar toda la destrucción posible.

—Es buena idea… Pero hay algo que me preocupa. —Hiro se volvió hacia mí tras decir esto—. Utilizarán la magia de la serpiente… Y esta es mortal. Amanda, tienes que aprender a protegerte.

—Pues ya me dirás qué hago… ¿No tendrás por ahí alguna armadura que pueda usar?



Hiro clavó sus ojos en mí conteniendo la risa.

—No, no me refiero a ese tipo de protección. Ven conmigo.

Se levantó y lo seguimos. Salimos los tres a la zona central de la aldea, olía a madera quemada, a humo, a desolación.

El chico miró a su alrededor con tristeza.

—Eh, no te preocupes —pedí en voz baja posando la mano en su brazo—. Os ayudaremos a reconstruirla, ¿vale? En cuanto todo esto acabe, os ayudaremos.

Él asintió con una mirada de gratitud.

—De acuerdo, ahora imita los movimientos de mis manos —pidió con un suspiro, todavía con la pena empañando su voz.

A continuación, cerró los ojos, hizo tres respiraciones profundas y… Sus manos comenzaron a moverse en el aire de una manera vertiginosa, los dedos se juntaban y separaban, giraba las muñecas y cruzaba los antebrazos frente a su pecho. Eran movimientos fluidos, ligeros y muy muy complicados.

Pocos segundos después, a su alrededor surgió un brillo plateado… No, no a su alrededor, emanaba de él.

—¡Qué fuerte! —exclamó Eric.

—Haaala, ¿cómo has hecho eso? —dije yo acercándome a él con los ojos muy abiertos. Alargué una mano para tocar aquel resplandor que había salido de la nada. Al hacerlo, una descarga de energía subió por mi brazo y me lanzó hacia atrás haciéndome caer de culo.

—¡¡¡NO LO TOQ…!!! —intentó avisarme Hiro—. Tarde… ya lo has tocado.

Me tendió la mano para ayudarme a levantarme. Cuando estuve en pie, Eric y él me miraron con gesto extraño y rompieron a reír.

—¿Qué pasa? —pregunté un poco indignada.

Eric me cogió la mano y la llevó hasta mi cabeza para que me tocase el cabello. Lo sentí todo de punta, cargadito hasta arriba de electricidad estática… Entendí sus carcajadas al instante. En aquel momento, debía de parecer un puercoespín. Yo misma me eché a reír buscando algún lugar en el que mirarme… Por fin, Eric sacó un espejito de su mochila y me lo alargó.

Mi cabello, erizado, flotaba alrededor de la cabeza de un modo muy cómico. Intenté devolverlo a su posición natural pasándome las manos por él, pero fue en vano. Me encogí de hombros y me resigné a estar un rato con aquel aspecto ridículo.

—Vale, vale, centrémonos —pidió Hiro—. Eso, mis queridos amigos, es parte de mi entrenamiento como ninja. He canalizado la energía para crear un escudo que me protegerá de la magia de la serpiente. Si me lanzan uno de sus hechizos, rebotará.

—Pues ya puedes mover las manos más despacio porque no me he enterado de nada —rezongué.

—Lo primero que tienes que hacer es vaciar la mente —comenzó a explicar.

Nos llevó varias horas que yo aprendiese los movimientos de manos, dedos, muñecas y antebrazos; aun con eso, apenas conseguí que a mi alrededor surgiesen unas chispitas raquíticas y blanquecinas. El día hacía rato que había hecho acto de presencia y estaba cansada. Había sido una noche muy intensa.

—Si estiras los brazos en dirección a otra persona, mira, así —extendió ambos brazos en dirección a Eric, quien quedó rodeado de aquel resplandor plateado—. ¿Ves? Puedes enviarle el escudo a quien quieras…

Miré a Hiro alzando una ceja. Esperaba que el mensaje hubiese quedado claro: no había conseguido crear el escudo protector para mí, lo iba a hacer para otro.

Tendría que esquivar la magia de la serpiente si algún Orochimaru me la lanzaba.

—Ya es tarde —dije harta de aquella magia que estaba claro que no iba a dominar—. Creo que debemos descansar y reponer fuerzas. Después partiremos. Eric, esta vez vienes, no quiero dejarte aquí solo, pero te quedarás en el bosque. Hiro y yo atacaremos durante la noche, así no nos verán… Y nosotros podremos situarles gracias a los incendios que provoquen las bombas del dron.

—Muy bien, pero todavía hay algo más que podemos hacer —comentó Hiro—. Eric necesitaré tu ayuda.

—Claro, ¿para qué? —se interesó mi amigo.

—Creo que podríamos conseguir más bombas —afirmó el chico con una sonrisa pícara—. Nunca se sabe cuándo puedes necesitar una buena explosión…

14

Partimos al anochecer, habíamos descansado por turnos, vigilando que nadie se acercase a la aldea de los Sōya. Mientras yo dormía, Hiro y Eric se habían dedicado a hacer algunas bombas más. Por lo visto, la creación de explosivos y trampas era parte del entrenamiento del ninja… Tal vez podría pedirle a la tía Paula que me enseñase a hacer esas cosas. La cuestión era que ahora contábamos, además de con las cargas del dron de Eric, que viajaban a buen recaudo en su mochila, con unas cuantas bombas incendiarias… Y otras que a mí me encantaron: bombas de humo que, en caso de ser acorralados, nos permitirían huir sin que nuestros rivales supiesen por dónde habíamos desaparecido.

Hiro, además, llevaba un arco con un carcaj lleno de flechas, un *ninjatō* —una espada corta parecida a la catana— y los *shuriken*, las cuchillas que tenían forma de estrella… Y que a mí me encantaban por considerarlas muy prácticas.

Yo me había agenciado los *shuriken* y un *bō*, un bastón largo de madera forrado con láminas de un metal que no reconocí; ese arma me parecía la mejor para mí ya que la tía me había entrenado en su uso… Yo lo llamaba el palo, ya que hasta esa misma noche no había sabido que tenía un nombre. Llevaba también un *tantō*, pero prefería no tener que utilizarlo.

Nuestro avance por el bosque fue más lento que la vez anterior, no solo porque Eric nos acompañaba, sino también porque yo iba prestando atención a mis percepciones por si esa sensación de estar siendo observados volvía a aparecer. No es que pensásemos

echarnos atrás, era más por no delatar nuestras intenciones. Si se daba la situación, tendríamos que atrapar al Orochimaru y dejarle bien atadito en el bosque para que no diese la voz de alarma en su aldea.

Esta vez íbamos a por todas y no pensábamos volvernos sin Hanzō y el Tomoe.

Según Hiro, su abuelo se había dejado atrapar, por lo que lo primero era liberarlo y después, seguir sus instrucciones. Solo esperábamos que no estuviese herido… Aunque si lo estaba, no sería yo la que se interpusiese en el camino del ninja, porque tenía muy claro que desataría toda su furia y volaría por los aires el emplazamiento de los Orochimaru… Y Eric y yo pensábamos ayudarlo. Tras la paliza que le habían dado a mi amigo, esto ya no era una misión, esto era algo personal.

Llegamos a los alrededores del poblado enemigo sin ser molestados. Nos escondimos en la espesura mientras Eric manejaba el dron intentando localizar al abuelo.

—¡Qué fuerte! —susurró Eric girando su dispositivo para que nosotros pudiésemos ver la pantalla—. Están casi todos tras el *dōjō*… En el altar.

—¡Tenemos que darnos prisa! —dijo Hiro en un susurro que sonó a grito desesperado. Tenía los ojos muy abiertos, fijos en lo que veíamos en la pantalla—. ¡Han comenzado el ritual! ¡Van a despertar las fuerzas del Tomoe!

—P… Pero no… No entiendo nada… ¿No esperaban a tener la espada? —farfullé confusa.

—Deben de haberse cansado de esperar y prefieren arriesgarse.

Se nos acababa el tiempo, si despertaban al Tomoe podían suceder dos cosas: que sus fuerzas considerasen dignos a los Orochimaru, en cuyo caso nosotros estábamos perdidos… O bien, que no les considerasen dignos y fuesen libres… para destruirlo todo y a todos. No cabe decir que, en ese otro caso, también estaríamos perdidos.

Debíamos darnos prisa.

No podíamos comenzar a tirar bombas si no teníamos al abuelo localizado, puesto que podría caer herido, víctima de una de ellas.

Nos llevó un rato, pero por fin dimos con Hanzō en uno de los laterales más alejados del *dōjō*, a la izquierda de nuestra posición, junto a la empalizada. El lugar no podía ser más conveniente para nuestras intenciones. Se encontraba en una jaula de aproximadamente un metro de alto hecha con troncos, cuya puerta estaba cerrada por una cadena con eslabones gruesos como el brazo de un forzudo y asegurada con un candado. No sabía cómo íbamos a deshacernos de aquella cadena, los explosivos que llevábamos estaban descartados, podrían herir al abuelo… Íbamos a necesitar dar con la llave del candado y lo más probable era que la guardase el jefe Orochimaru.

Frente a la jaula dos hombres vigilaban.

—Vale —dijo Hiro—, por la puerta de la empalizada no podemos entrar, hay cuatro hombres en ella, demasiado complicado dejarlos fuera de combate sin que den la voz de alarma…

—No nos hace falta —lo interrumpió Eric—. Vosotros estad preparados y, cuando yo os diga, corred.

Mi amigo se alejó reptando entre los árboles, manteniendo la cabeza gacha para no ser visto. De vez en cuando miraba hacia arriba, intentando localizar al dron. Lo había detenido justo encima de la jaula que mantenía preso al abuelo, sobrevolando la posición a unos metros de distancia, para que los guardianes del anciano no advirtiesen su presencia. Cuando llegó al tramo de empalizada tras la que se encontraba la jaula, se detuvo, rebuscó algo en su mochila, lo pegó a la valla y se acercó de nuevo hasta nosotros.

—¿Estáis listos? La fiesta va a empezar. —Eric sacó algo de su mochila y me lo tendió—. Amanda, ponte esto en la oreja, así podremos hablar.

Cogí el comunicador que me ofrecía, me lo coloqué y probé el sonido. Funcionaba a la perfección.

Mi amigo hizo que el robot volase hasta el otro lado de la aldea.

—Tres, dos, uno… ¡Ahora!

Sucedieron varias cosas al mismo tiempo: se escuchó un leve «puf» en la empalizada, desintegrando un buen tramo de ella; el dron se alejó en dirección al altar en el que se celebraba el ritual para despertar las fuerzas del Tomoe; e Hiro y yo nos infiltramos en la aldea enemiga por el boquete abierto en la valla, todavía en silencio, y nos aproximamos a los guardianes rodeando una de las cabañas para sorprenderles por la espalda.

En ese instante, cayó la primera bomba desde el dron. Eric la había lanzado en el altar para impedir que el ritual siguiese su curso, pero nosotros todavía no habíamos liberado al abuelo… A partir de ese momento, las cosas podrían ir muy muy bien… O muy muy mal.

Llegamos a la parte trasera de la jaula y nos encaramamos a ella sin hacer ruido; por suerte, los guardianes miraban hacia el lugar de la explosión preguntándose si debían mantener la posición o ir a investigar. Las llamas se alzaban por detrás del tejado del *dōjō* Orochimaru.

Caímos sobre los dos guardianes y los dejamos inconscientes. Comenzamos a forcejear con el candado.

—Me preguntaba cuándo vendríais, jóvenes aprendices —comentó el abuelo con un gesto amable—. Apartad, no quiero heriros.

Hiro y yo nos miramos confusos, pero obedecimos al anciano, quien hizo alguno de esos giros de manos y muñecas que yo ya había visto.

La cadena cayó a nuestros pies. Lucía un corte limpio en uno de los eslabones.

Escuchamos la segunda explosión. Debía de ser la cabaña junto a la del jefe del clan.

El fuego iluminó la noche.

—No, abuelo… —Hiro miraba con rostro desencajado a Hanzō, sus ojos comenzaron a empañarse por las lágrimas.

—Hiro-san. No discutas. —El anciano acarició la cara de su nieto —. Sabes que es la única manera. No voy a permitir que se hagan

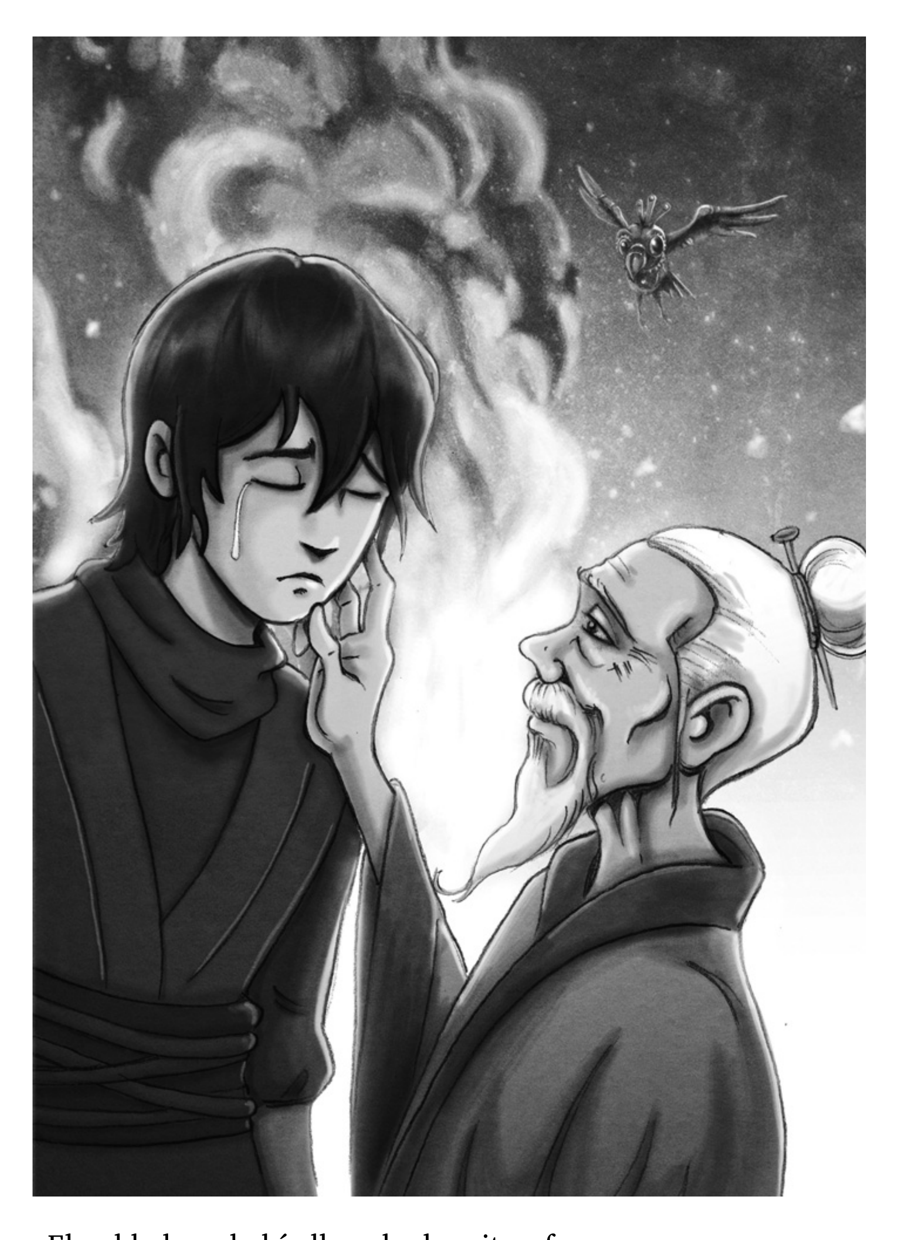
con la espada.

La tercera carga del dron sonó mucho más cercana. Fue seguida de un estruendo descomunal formado por varios estallidos sucesivos que precedieron a un resplandor que escaló hasta el cielo, consiguiendo que la noche se convirtiese en día.

Tal y como pensábamos, los Orochimaru conservaban sus explosivos en el arsenal.

Conservaban.

Por el sonido de la explosión, ya no debía de quedar ni rastro de ellos.



El poblado se había llenado de gritos, fuego y carreras.

—Amanda, preparaos —dijo Eric en mi oído—, van en vuestra dirección.

15

—¿Dónde está el jefe? —le pregunté a mi amigo.

—No se ha movido, continúa con el ritual… Tiene el Tomoe en las manos. ¡Qué fuerte! ¡Daos prisa!

Puse al corriente a los Sōya de lo que me acababa de decir Eric. Las mejillas de Hiro estaban empapadas por las lágrimas, pero su ceño fruncido y su gesto decidido me dijeron que fuese lo que fuese lo que sucedía con su abuelo lo había aceptado como inevitable.

—Quieren pelea, les daremos pelea —masculló entre dientes sacando lo que me pareció una pelota de uno de sus bolsillos y arrojándola al tejado de la cabaña más cercana.

Una llamarada surgió del lugar en el que había caído la bola, haciendo que la paja de la que estaba hecha la cubierta prendiese a toda velocidad. En pocos segundos, las llamas bailoteaban alegres consumiendo la choza. Aprovechamos la confusión para escurrirnos por el lateral de la cabaña en llamas. Corríamos los tres zigzagueando entre las construcciones, Hiro arrojaba bombas a todas las cabañas: al interior, bajo las plataformas que las sostenían o a las techumbres —no miraba mucho dónde caían las bolas incendiarias—, creando un fuego que se extendía más y más por todo el poblado. Las llamas lamían la madera con la que se había construido la aldea extendiendo por toda la zona un calor sofocante que nos golpeaba, consiguiendo que el sudor resbalase por nuestras espaldas y perlase nuestras frentes.

El humo se me metía en los ojos haciéndolos lagrimear y me picaba en la garganta al respirar. Miré a mis acompañantes, a los

que no parecía afectarles en absoluto. No podía desfallecer ahora, si ellos no se quejaban, yo tampoco lo haría. Me limpié la cara con la manga del mono y continué corriendo tras ellos.

El anciano encabezaba la marcha hacia la zona del altar. Eric volvió a hablar en mi oído: el jefe continuaba con el ritual, protegido por algunos de sus hombres, y había ordenado a los demás que nos detuviesen… Costase lo que costase.

En mi idioma eso significaba que nos matasen.

Iban en serio.

Muy en serio.

De momento, habíamos conseguido esquivarlos gracias a las bombas incendiarias, pero eso estaba a punto de acabarse. Todos los miembros del clan tenían ahora una sola misión: pararnos… O, mejor dicho, matarnos.

Los que habían estado intentando apagar los incendios dejaron lo que estaban haciendo y se unieron a la misión de poner fin a nuestras vidas. Algunos aparecieron frente a nosotros, impidiéndonos avanzar. Otros eliminaron la posibilidad de escapar por donde habíamos venido cerrándonos el paso por la espalda.

Solo nos quedaba pelear.

Y, si mis cuentas no fallaban, ellos eran muchos más.

16

Se acercaban despacio, sin quitarnos la vista de encima, corrigiendo la dirección de sus pasos cada vez que nosotros nos movíamos a un lado o a otro. Intentaban rodearnos, evitar que huyésemos por el interior de alguna de las chozas en llamas situadas a ambos lados de la callejuela —si es que podíamos llamarla así— en la que nos encontrábamos.

Tenían miedo.

Más que nosotros de ellos.

—Amanda-san, dame la catana —pidió el anciano.

Obedecí sin dejar de mirar a los Orochimaru. La llevaba a la espalda, tal y como la había llevado Hiro en nuestra primera y fallida incursión en aquel poblado. La extraje despacio de su *saya* y se la pasé a Hanzō.

Nuestros atacantes dieron un paso atrás al verla.

—¿Podéis vosotros? —preguntó el abuelo.

—Por supuesto, *sensei*, nosotros nos encargamos —replicó el nieto con ojos tristes—. Ve tranquilo, ahora te alcanzamos.

Yo los miré sin entender del todo a qué se referían.

Hanzō hizo una reverencia ante nosotros, a continuación, realizó unos movimientos extraños con los dedos y desapareció en la noche.

Se volatilizó.

Literalmente.

En un momento estaba junto a mí y al momento siguiente se había esfumado.

Miré a mi alrededor confusa, buscándolo.

—Se ha marchado, va a enfrentarse al jefe del clan —dijo Hiro pegando su espalda a la mía—. Estos son nuestros.

—Pero ¿cómo? —quise saber.

—La magia del sapo.

—Amanda. —Eric hablaba por el intercomunicador—. A lo mejor este es un buen momento para lanzar la cuarta carga…

—No, todavía no —le pedí a mi amigo—. Cuando yo te diga.

—Como quieras.

Empezaba a aburrirme de aquel baile absurdo en el que ni ellos ni nosotros atacábamos.

Entonces, un Orochimaru cometió el error de acercarse demasiado a Hiro, lancé mi *bō* por encima de nuestros hombros y le golpeé la cabeza sin necesidad siquiera de volverme para mirarlo.

Ese fue el pistoletazo de salida.

Los Orochimaru se arrojaron sobre nosotros, todos armados hasta los dientes.

Hiro y yo girábamos sobre nuestros pies, sin despegar nuestras espaldas, como siameses. Yo paraba los ataques con el *bō* y barría los pies de mis enemigos haciéndoles caer mientras mi compañero los dejaba fuera de combate. Actuábamos de manera sincronizada, sin dejar huecos, danzábamos sin separarnos más de unos centímetros el uno del otro, truncando todas sus ofensivas.

Mi *sakki* resultó muy útil porque, antes siquiera de que lanzasen una cuchillada, una patada o un golpe con las manos desnudas, yo sentía la intención y conseguía interponer mi arma deteniendo el ataque antes de conseguir alcanzarnos. Llegué a preguntarme si esa nueva habilidad que parecía haber adquirido en Japón no tendría algo que ver con aquella vez que tuve que defenderme de los disparos de un ejército muy enfadado utilizando la vara de la völva… El bastón de una bruja que otorgaba al portador la capacidad de leer el futuro.



Siendo honesta conmigo misma, me estaba divirtiendo. Yo, que nunca había sido muy entusiasta de hacer daño a otros, me lo estaba pasando pipa dándoles a aquellos Orochimaru la paliza de su vida. Lo mismo tenía algo que ver el hecho de que aquellos hombres, que no paraban de arremeter contra nosotros, quisieran

matarnos y estuviesen utilizando todas las armas y estrategias a su alcance para conseguirlo.

Cada vez que derribábamos a uno, otro ocupaba su lugar, haciendo de aquella pelea una de las más largas en las que había participado.

—¡Tenemos que hacer algo! —grité a Hiro por encima de mi hombro—. ¡No dejan de venir!

—¿Qué propones? —bramó él a su vez para hacerse oír por encima del entrechocar de catanas, chillidos de dolor y topetazos.

—Cuando yo te diga, salta a ese tejado —pedí señalando con la cabeza a la parte más alta de una de las cabañas que, de momento, se había librado del fuego. Era apenas una esquina sobre la fachada lateral de la choza, en cuyo interior las llamas bailoteaban y saltaban con un brillo anaranjado. Ese saliente no tardaría mucho en derrumbarse, no tenía pruebas, pero tampoco dudas, así que teníamos que actuar a toda velocidad.

Hiro asintió.

—Eric, a la de tres —dije buscando el dron con la mirada. Lo encontré justo encima de nosotros.

—Estoy preparado —replicó mi amigo.

—Uno… Dos… ¡Y tres!

Hiro y yo saltamos al tejado a la vez. Nuestros atacantes echaron a correr, persiguiéndonos, y eso fue lo que los salvó de morir víctimas de la explosión. A nuestras espaldas cayó la cuarta y última carga del dron de Eric. La onda expansiva nos lanzó hacia adelante haciéndonos caer al suelo.

No voy a mentir: me dolió.

Mucho.

Pero tampoco teníamos tiempo para quejarnos.

Hiro me tendió la mano, no obstante, yo ya me había puesto en pie de un salto.

Los malditos Orochimaru comenzaban a levantarse del suelo, no sabíamos si todavía tenían ganas de pelea, pero tampoco nos íbamos a quedar a comprobarlo. Teníamos que largarnos de allí a

toda velocidad.

Hiro lanzó una bomba de humo y nos escabullimos dejando atrás un coro de toses y quejidos.

—¡Tenemos que alcanzar al abuelo! —exclamó Hiro desbordando preocupación por todo su cuerpo.

—¡Eric! ¿Dónde está el abuelo?

El dron pasó por encima de nosotros, buscando. Poco después escuché a mi amigo.

—¡Detrás del *dōj*…!

—¡Eric! ¡Eric! —Se había cortado la comunicación—. Está en la parte de atrás del *dōjō*.

Hiro ya corría en aquella dirección conmigo pisándole los talones.

Entonces vi algo que me heló la sangre.

17

El dron de Eric cayó unos metros más adelante, a la derecha de nuestra posición. Si el robot volador tenía problemas, entonces Eric tenía problemas.

—¡Hiro! —llamé, pero el rugido de las llamas que asolaban el poblado impidió que me oyese.

Lo dejé marchar, yo tenía cosas más importantes que hacer.

Giré sobre mis talones y me lancé en dirección a donde habíamos dejado a mi amigo. Hiro y el abuelo tendrían que apañarse solos.

No necesité ir muy lejos. Entre el humo vi a dos hombres que llevaban a mi amigo casi en volandas. Me vieron al mismo tiempo que los vi yo. Aun así, me escabullí entre las ruinas de las cabañas que nos rodeaban.

—Black, ríndete y tu amigo no sufrirá —amenazó el más alto—. Su muerte será rápida… De lo contrario, sus gritos agónicos poblarán tus pesadillas.

Pues sí que eran poéticos los Orochimaru para amenazar a alguien de muerte…

Rodeé a los hombres moviéndome como una sombra entre los escombros que habían dejado los incendios, con la intención de sorprenderles por la espalda.

Me oculté tras un carro a pocos pasos de ellos e hice cuentas: eran dos, yo era una. Hiciese lo que hiciese, solo podía dejar fuera de combate a uno de aquellos tipos antes de que el otro reaccionase. Iba a tener que pelear, no había más opciones.

Había sido un cálculo muy sencillo, aun así, el resultado no terminaba de gustarme mucho. Los Orochimaru estaban entrenados… Vale, sí, yo también, pero aquellos tipos eran mucho más grandes, iban armados y jugaban sucio.

Me acerqué al más alto, el que había proferido aquella amenaza contra la vida de mi amigo. Lo mismo el otro peleaba mejor, pero el larguirucho había conseguido enfadarme y estaba deseando hacerle tragar sus palabras.

No se dio cuenta de lo que sucedía hasta que no le di el primer golpe en el cuello con el *bō*.

Lo dejé aturdido y, aun así, presentó un poco de pelea. Tampoco mucha.

Me agaché, le hice un barrido con la pierna que le derribó haciendo que soltase su catana al caer, tumbado sobre su espalda estiró el brazo para hacerse de nuevo con ella y clavármela. No le iba a dar la oportunidad. Le aticé con todas mis fuerzas en la mano con el bastón.

Un crujido como de ramas rotas resonó en la noche. Hasta yo me encogí al escucharlo.

El tipo se llevó la mano al pecho aullando de dolor. Estaba segura de que el golpe le había partido unos cuantos huesos… Iba tener complicado esgrimir su espada de nuevo con todos los dedos rotos. Por si acaso, con otro golpe rápido, lo deje inconsciente.

La pelea había durado en total unos diez segundos.

Me di la vuelta para enfrentarme al otro, que había sacado un cuchillo y lo apretaba contra la garganta de mi amigo.

—No des un paso más o se lo clavo —dijo.

—Si lo haces, no podrás escapar de mí —comenté en tono ligero. En realidad, estaba aterrorizada, pero prefería que aquel hombre no lo supiera.

El tipo dio un paso atrás y empujó a Eric, que cayó de bruces en el suelo. Comencé el movimiento de correr en su dirección; sin embargo, eché una rápida mirada a aquel hombre y lo que vi me detuvo en seco.

Movía las manos a mucha velocidad y una neblina había comenzado a surgir de ellas.

¡La magia de la serpiente!

Intenté recordar lo que me había enseñado Hiro. Dejé mi mente en blanco y comencé a hacer los giros de manos, muñecas y brazos que había intentado enseñarme el muchacho. Un resplandor plateado, como si la luna me iluminase, comenzó a formarse a mi alrededor.

¡Lo estaba consiguiendo!

Continué aumentando la velocidad, horrorizada ante lo que sucedería si yo fallaba. Hiro me había dicho que la magia de la serpiente era una sentencia de muerte.

La niebla ya rodeaba por completo al hombre, que giró sobre su cadera echando ambos brazos hacia atrás, preparándose para atacar.

En el mismo momento en el que él empujó la niebla hacia Eric, yo estiré los brazos mandándole el escudo.



Cerré los ojos.

Pasaron unos segundos que sentí como horas, sin atreverme a mirar por si mi protección había llegado demasiado tarde.

Escuché un grito ahogado.

Me atreví a lanzar una mirada entre mis pestañas, todavía

demasiado asustada, y vi a Eric, sentado en el suelo, rodeado por el brillo plateado del escudo. Frente a él, el cuerpo fibroso y escueto del Orochimaru yacía con los ojos, oscuros y rasgados como los de Hiro, fijos en el cielo. De ellos resbalaban lágrimas mudas. El hechizo había rebotado en el escudo y había alcanzado de lleno a su autor. Su rostro delgado se había cubierto de unas finas líneas oscuras que desaparecían por debajo del cuello de su camisa. El hombre me miró suplicante.

Me aproximé a él y me arrodillé a su lado.

—Sálvame —pidió con voz rasposa—. Por favor.

—¿Cómo? —pregunté de nuevo fijándome en sus ojos, tan parecidos a los de Hiro.

—El antídoto… En mi cintura.

Así que había antídoto, pero no lo compartían con nadie… Sentí deseos de largarme de allí dejándolo a su suerte; sin embargo, sabía que aquello era algo que no me podría perdonar nunca. Con un resoplido de fastidio hice lo que me pedía. No olvidaba que había intentado matar a Eric… PERO, dejar morir a alguien pudiendo salvarlo era, para mí, poco menos que matarlo con mis propias manos. Y yo no era una asesina.

En la correa que ceñía su cintura había varios bolsillos, comencé a buscar en ellos hasta que di con un pequeño vial tapado con un sello de cera. Quebré el sello con los dientes y vertí el contenido en la boca del hombre. Él cerró los ojos, aliviado. No moriría aquella noche.

—Gracias —murmuró antes de desmayarse.

Me puse en pie.

Eric se me acercó, el escudo ya se había evaporado, y me abrazó. Temblaba, estaba muy asustado.

—¿Estás bien? —pregunté en voz baja acariciándole el cabello.

—¡Qué fuerte! Me has salvado… ¡Has conseguido hacer el escudo!

Sonreí a pesar de que la angustia todavía no me había abandonado del todo.

—Tengo que ir a ayudar a Hiro y al abuelo. Tú ve a esconderte y no salgas hasta que todo haya pasado, ¿de acuerdo?

No parecía que quedasen muchos Orochimaru en aquel lugar, o estaban fuera de combate o habían ido a socorrer a su jefe. Mi amigo estaría a salvo si no hacía tonterías y, conociéndolo, sabía que no las haría.

Me alejé a la carrera hacia el lugar en el que Hiro y el abuelo peleaban contra el jefe del clan.

Esperaba no llegar demasiado tarde.

18

Avanzaba a toda velocidad esquivando lenguas de fuego que los edificios en llamas escupían a mi paso. La noche ardía. El humo me entraba en los ojos y me hacía lagrimear. Me limpié el rostro de nuevo con la manga del mono, que a aquellas alturas ya manchaba más que limpiaba, y el gesto dejó un rastro de hollín que viajaba desde la frente hasta la barbilla, como una pintura de guerra improvisada. Sin detenerme, salté al tejado del *dōjō* desde la fachada principal, la única construcción de la aldea que había sido respetada por el fuego. Corrí hasta la parte trasera y frené en seco intentando comprender la escena que se desarrollaba a unos metros por debajo de mí.

El altar había desaparecido tras la explosión; no obstante, el ritual había seguido su curso. Solo un hombre continuaba ajeno a la pelea, supuse que sería el jefe Orochimaru. Vestía una túnica con capucha que a la luz de las llamas me pareció de un rojo oscuro con intrincados bordados dorados en ella. El tamaño de aquel hombre era descomunal, más grande que cualquiera de sus adeptos, bajo su vestimenta se adivinaban unos hombros anchos y unas piernas largas y musculosas; sin embargo, se encontraba abstraído de todo lo que sucedía a su alrededor, sin prestar atención a la lucha encarnizada que se desarrollaba en torno a él.

El jefe del clan, de espaldas a ambos Sōya, declamaba palabras sin sentido para mí, sosteniendo el Tomoe junto a su pecho frente a una fuente llena de agua y una de las rocas grabadas, sobre la que reposaban un puñado de plumas.

Algo me decía que necesitaba los símbolos de la tierra —el agua y la roca—, del cielo —las plumas— y los del inframundo. Si bien yo no era capaz de ver nada que pudiese representar a este último por ningún sitio.

Hanzō e Hiro luchaban contra los adeptos Orochimaru que los mantenían a cierta distancia del jefe mientras este continuaba con el ritual.

¡Por eso les daba la espalda! ¡Para evitar que el anciano viese el medallón y le pidiese a la espada que lo quebrase!

Los adeptos lanzaban hechizos de humo contra el anciano mientras Hiro le enviaba un escudo protector… El abuelo agitaba las manos a toda velocidad y de ellas surgían una especie de relámpagos azulados que, al rozar a sus enemigos, conseguían atraerlos hasta él, como si una cuerda tirase de ellos. Cuando llegaban a su lado, se desplomaban… No sabía si desmayados o muertos, lo que sí sabía era que dejaban de representar un problema.

—¡Amanda-san! —gritó el abuelo haciéndose oír por encima de todo fragor—. ¡No bajes! ¡Quédate ahí!

En ese instante vi que uno de los Orochimaru se separaba del resto del grupo y comenzaba a crear uno de los hechizos venenosos… Apuntaba a Hiro. Si conseguían quitar de en medio al joven, tendrían mucho más fácil eliminar al abuelo.

Me concentré y comencé a realizar los movimientos que había aprendido… Fallé.

Los nervios trepaban por todo mi cuerpo impidiéndome hacer nada que no fuese prestarles atención, por lo que no conseguía dejar la mente en blanco.

El tipo se preparaba para lanzar su veneno neblinoso.

Recordé los *shuriken* que llevaba en los bolsillos, saqué uno a toda velocidad y se lo arrojé al hombre. Le di en una pierna haciéndole perder el equilibrio, nada grave, pero lo suficiente para que la magia oscura se desvaneciese a su alrededor. Sin embargo, volvió a enderezarse y con la estrella aún clavada en el muslo,

comenzó de nuevo a crear el encantamiento que le causaría la muerte a mi… a mi… ¿Qué era? ¿Mi amigo? ¿Mi amor?… Yo qué sabía. No podía pensar en eso en aquellos momentos.

Expulsé todo el aire de los pulmones y dejé la mente en blanco, me centré solo en mi respiración para conseguirlo. Con los ojos cerrados, realicé los movimientos necesarios para crear un escudo protector y lo lancé hacia Hiro.

Abrí los ojos de nuevo. Un par de segundos después la magia de la serpiente lo alcanzaba, pero mi escudo brillaba plateado a su alrededor manteniéndolo a salvo.

Mantuve el escudo mientras buscaba con la mirada al jefe.

Había posado el Tomoe sobre la roca, todavía manteniéndolo oculto de miradas indeseadas, y había sacado un *tantō* de doble filo de su cinto. Lo sostuvo con la mano izquierda y pasó la palma de la derecha por el cuchillo, haciéndose un corte de lado a lado.

La sangre comenzó a manar cayendo sobre el medallón. Aquel círculo de cobre comenzó a vibrar.

Estábamos perdidos.

En el Tomoe se abrió un vórtice oscuro, al principio muy pequeño, del mismo tamaño que el medallón; no obstante, poco a poco, fue creciendo hasta convertirse en una boca desdentada y siniestra que empezó a escupir espíritus.

Sobre lo que había sido el Tomoe se fue formando un tornado de espíritus, corrían en círculos, esperando a estar todos fuera.

El jefe del clan cayó al suelo, las fuerzas agotadas tras la aberración que acababa de realizar.

—¡Hiro! —grité con todas mis fuerzas señalando hacia donde los espíritus continuaban agrupándose—. ¡El ritual!

El muchacho alzó la vista y vio lo que estaba sucediendo.

—¡Abuelo! ¡Rápido!

De repente, el anciano comenzó a levitar y a girar sobre sí mismo a toda velocidad. A su alrededor el brillo plateado creció y creció hasta superar el resplandor del fuego, de ese aura salieron más y más relámpagos que fueron a chocar contra los Orochimaru

que seguían peleando.



Uno a uno fueron cayendo desplomados.

Dejaron de surgir espíritus del Tomoe, que recuperó su forma original y quedó tirado en el suelo como una moneda vieja que

alguien hubiese perdido, junto al jefe del clan de la serpiente.

Del remolino formado por el anciano Sōya emergió la espada de Muramasa portada por uno de los rayos plateados.

La catana viajó hacia donde yo me encontraba.

Iba a llegar hasta mí.

Ya faltaba poco…

El relámpago se desvaneció y la espada cayó al suelo.

El jefe del clan comenzó a levantarse al verla ahí, a tan pocos metros de él… Tenía el triunfo tan cerca…

El abuelo cayó al suelo, toda su magia se había desvanecido.

Su cuerpo desmadejado se quedó inmóvil donde había caído.

Hiro corrió hacia él gritando.

Miré de nuevo al jefe Orochimaru. Su rostro desencajado por una sonrisa de triunfo. El Tomoe olvidado tras haber cumplido su función.

Tenía que actuar.

Corrí hasta el alero del tejado y salté hacia la espada.

Los espíritus del cielo, la tierra y el inframundo descendieron sobre los humanos que había en el poblado, danzaban a nuestro alrededor decidiendo si éramos dignos. Vi cómo uno de los Orochimaru era atrapado por un demonio alado que voló hacia la noche perdiéndose en la oscuridad.

Los había de todos los tamaños y formas: algunos encogidos sobre sí mismos, de rostro horripilante, que avanzaban casi a rastras sobre unas piernas demasiado cortas; otros alados, de rasgos hermosos que se tornaban cadavéricos y espeluznantes al atrapar a alguno de los mortales y arrastrarlo al inframundo; algunos recordaban a animales, de una manera vaga y enfermiza, como si estuviesen a medio hacer. Las alas desplegadas de los espíritus voladores impedían ver el cielo: alas de murciélago, de insecto, de ave… La sombra de sus cuerpos lo llenaba todo. La noche se llenó de aleteos lúgubres, chillidos, de terror y muerte.

Uno de aquellos demonios se situó sobre mí, lo esquivé en el último instante rodando por el suelo. Me levanté y corrí.

El jefe del clan sostenía la espada de Muramasa con la mano derecha, manchando la empuñadura de sangre.

NO.

NI HABLAR.

ESO NO IBA A PASAR.

Saqué otra de aquellas estrellas dentadas —estaban resultando muy útiles— y la arrojé con todas mis fuerzas. Esta vez apuntando a la mano herida del hombre.

Di en el blanco.

Escuché un chillido de dolor.

La catana cayó al suelo.

Me lancé con las piernas por delante, esquivando por el camino a otro de aquellos diablos alados y barriendo al jefe, que cayó de culo al suelo sin saber muy bien qué acababa de sucederle. Ventajas de ser pequeña e ir vestida de negro en medio de la noche.

Vi una forma medio animal medio humana que agarraba al líder Orochimaru por la espalda y lo arrastraba alejándolo de mí… Desaparecieron sin dejar rastro con un «plop».

Tal vez me había lanzado con demasiada fuerza, porque continuaba deslizándome e iba a pasar de largo de mi objetivo.

En el último momento, estiré el brazo y, girando sobre mí misma, conseguí agarrar la espada… por el filo.

La sangre empapó el metal, pero no lo solté.

No sabía si funcionaría, al fin y al cabo, estaba empuñando la catana por el lado que no era, pero aun así lo intenté.

Todavía tumbada sobre la barriga, centré la mirada en el Tomoe y deseé con todas mis fuerzas quebrarlo.

Un crujido que sonó como miles de huesos rompiéndose a la vez inundó el poblado.

El medallón se había partido en dos pedazos iguales y yacía en el suelo, junto al altar.

Me levanté y, limpiándome la sangre en el pantalón, empuñé la espada de manera correcta y di una vuelta completa buscando entre el humo a los espíritus. No vi nada.

Se habían evaporado.
Allí solo quedábamos Hiro, el abuelo Hanzō y yo.

19

Me acerqué despacio a Hiro, que lloraba inclinado, abrazando el cuerpo del anciano.

No necesité preguntar. El abuelo había muerto.

Me arrodillé a su lado, posé una mano sobre su hombro y lloré con él.

Poco después, Eric se unió a nosotros.

Había conocido a aquel anciano hacía tan solo unos días, pero sentí que su pérdida hacía de este mundo un lugar peor. Más peligroso y oscuro. La tristeza había cogido mi corazón y lo había reducido a trocitos pequeños y arrugados… No obstante, no podía dejar de pensar en Hiro: Si yo me sentía así, ¿cómo se sentiría él? Se había quedado solo, no tenía a nadie más que a su abuelo y, si algo había aprendido en el tiempo que había pasado con ellos, era el profundo amor que sentían el uno por el otro. Su abuelo se había sacrificado para que nosotros pudiésemos cumplir con nuestra misión y, de no ser por el anciano, habríamos fracasado.



Permanecimos allí velando el cadáver de Sōya Hanzō hasta el amanecer. Había sido una noche muy larga y, solo a la luz del nuevo día, fuimos conscientes de toda la devastación a la que habíamos conseguido sobrevivir.

La mayor parte de los incendios se habían sofocado por sí

mismos, dejando en su camino ruinas humeantes y pedazos de madera carbonizada. No quedaba nada del poblado Orochimaru. Solo el *dōjō* había conseguido resistir indemne… Si bien ahora no había nadie que aprendiese allí, aunque, si teníamos en cuenta lo que habían aprendido todos aquellos que habían puesto un pie en él, era mejor así.

No había rastro de ningún miembro del clan, o bien habían huido o habían sido arrastrados al inframundo por los espíritus.

Ninguna cabaña había resistido al fuego, algunas se habían derrumbado sobre sí mismas, convirtiéndose en restos humeantes y montones de rocas oscurecidas por el humo, mientras que otras se habían desplomado bloqueando las estrechas callejuelas del poblado con cascotes y vigas ennegrecidas. La valla que rodeaba el perímetro sí había conseguido sobrevivir a los incendios, pero ya no quedaba apenas nada que guardar en su interior.

Habíamos eliminado aquel poblado de la faz de la tierra, lo que quedaba no era más que un despojo.

Recorrimos la aldea buscando algo con lo que fabricar unas parihuelas para poder trasladar el cuerpo del abuelo. No pensábamos dejarlo allí. Lo llevaríamos entre los tres hasta su aldea, donde había nacido y donde debía descansar para siempre. Por fin conseguimos los materiales y pudimos construirlas.

Atravesamos el bosque en un silencio empañado de tristeza y dolor, incapaces de darle sentido a todo lo que había sucedido aquella noche. Llevábamos con nosotros también los fragmentos del Tomoe y la espada de Muramasa.

Una vez en la aldea, Hiro se retiró para preparar los restos del abuelo para el funeral, mientras tanto, Eric y yo avisamos a la tía Paula del fallecimiento del anciano. Cortamos la llamada con la seguridad de que vendría, quería despedirse de un amigo muy querido. También le contamos los destrozos que había sufrido la aldea Sōya tras el ataque de los Orochimaru. Llegaría al día siguiente con todo lo necesario para la reconstrucción.

Por la tarde, Hiro se unió a Eric y a mí, que paseábamos por el

bosque intentando disimular la preocupación que sentíamos por nuestro nuevo amigo.

—No os preocupéis, estoy bien —dijo Hiro dejándonos claro que disimulábamos fatal—. Él y yo sabíamos que si utilizaba la magia del sapo moriría.

—¿La magia del sapo? —pregunté con cautela.

—Ese era el plan del abuelo… —explicó—. Lo entendí en cuanto supe cuántos se lo habían llevado… Aunque quería pensar que me equivocaba… Mirad, el abuelo podría haberse escapado con facilidad en cualquier momento, la cuestión era que nunca le habrían permitido acercarse al poblado Orochimaru, la única forma de entrar en él era que ellos pensasen que era demasiado viejo y frágil para utilizar la magia del sapo. Y lo era. —Hiro hizo una pausa y suspiró antes de continuar—: Él sabía que si la usaba una sola vez más en toda su fuerza, con toda su potencia, como esta noche, podría morir. La magia del sapo consume mucha energía y él era muy anciano. Por eso os pidió ayuda, podríamos haberlo intentado nosotros dos solos, con la catana, pero la encontrasteis antes vosotros… Y aunque la hubiésemos conseguido nosotros antes, el abuelo sabía que las probabilidades de triunfo eran mucho mayores con la colaboración de los Black. Solo utilizaría la magia del sapo de no quedar otra opción… Y esta noche… Bueno, ya lo habéis visto, hemos estado muy cerca de fracasar.

Hiro nos contó que, como herederos de Jiraiya, el *sensei* del clan Sōya podía utilizar el poder del sapo. Lo habíamos presenciado durante la batalla final, esos rayos y relámpagos que salían del cuerpo del anciano podían atraer todo aquello que rozasen y dejarlo fuera de combate… Incluso podían matar si el portador de la magia así lo quería, pero a Sōya Hanzō nunca le había gustado matar. Ahora él, Hiro, como último miembro del clan, era el portador de la magia del sapo. Su *sensei* lo había entrenado en su uso, pero todavía tendría que perfeccionarla.

—¡Qué fuerte! ¿Qué vas a hacer? —quiso saber Eric—. Me refiero… a partir de ahora…

—Reconstruiré la aldea. Es mi hogar… Creo que de momento me quedaré aquí, necesito un tiempo para dominar mis nuevos poderes… Y mientras siga aquí, podré comunicarme con el espíritu del abuelo.

Inclinó la cabeza, pero aun así pudimos ver que lloraba. Lo abrazamos intentando consolarlo.

—Te ayudaremos a reconstruir. Mi tía viene de camino con todo lo necesario… Todo va a estar bien.

—Gracias —murmuró devolviéndonos el abrazo.

Poco después, todo su cuerpo se agitaba por los sollozos. Eric y yo permanecimos abrazados a él.

Ahora solo nos tenía a nosotros.

Mi tía, Benson y lord Thomsing llegaron con el amanecer del siguiente día, habían conseguido aterrizar en un aeropuerto no muy lejano y trasladar los materiales necesarios para la reconstrucción, primero con camiones y después con carretas por el bosque… No había sido sencillo, habían trabajado mucho, pero lo habían conseguido.

A las doce del mediodía celebramos el funeral por el anciano. Hiro se quedó muy sorprendido al ver que todos queríamos decir unas palabras sobre el abuelo. ¡Hasta lord Thomsing lo había conocido hacía muchos años y guardaba muy buenos recuerdos de él!

Poco después, el joven prendió la pira que convertiría el cuerpo en cenizas. Después, repartiría esas cenizas por el bosque en el que había vivido la mayor parte de su vida, así podría sentirlo cada vez que lo echase de menos.

Pocos días después comenzamos los trabajos de reconstrucción. Todos colaboramos en el levantamiento de las cabañas que habían ardido… Y también mejoramos las que ya existían, además, mi tía había traído un montón de objetos nuevos: futones, *kotatsu*, cofres, armarios, vajillas… ¡de todo! Incluso una enorme bañera redonda de madera para modernizar los baños. Benson instaló un circuito de agua corriente en todo el poblado ¡y hasta electricidad!

Por supuesto, el mayordomo no dejó nada al azar, ya que levantamos una nueva choza en la que instaló un moderno sistema de comunicaciones para que pudiésemos charlar con Hiro en cualquier momento. Nos llevó muchos días acabar las remodelaciones, pero no podíamos estar más contentos con el resultado.

La última noche celebramos un banquete al aire libre, en el centro del nuevo pueblo Sōya.

Habíamos colgado guirnaldas luminosas entre las cabañas que relumbraban iluminando con una luz suave y acogedora todo el entorno. Las luciérnagas bailaban alrededor de todo el poblado y la noche olía a bosque y a tranquilidad.

La tía preparó varias mesas, cubiertas con unos manteles negros de lino con bordados dorados, en las que fue dejando los platos que habían cocinado entre Benson y lord Thomsing, que lucían suculentos y apetitosos en la nueva vajilla de bambú. En la sala de comunicaciones, el mayordomo había instalado también un moderno equipo de música en el que ahora sonaba alegre la música gracias a los altavoces que, discretos, se ocultaban entre los arbustos a lo largo del perímetro de la valla.

Mientras todos charlaban y comían, vi que Hiro se alejaba en dirección al bosque. Se quedó en el umbral de entrada al poblado, encarado a la noche. Me acerqué y me detuve junto a él.

—La tía dice que puedes iniciar un nuevo *dōjō*…

—Imagino que sí, pero no sé si es lo que quiero —dijo—. Con los Orochimaru fuera de juego, no sé si tiene mucho sentido.

—Sabes que puedes venir con nosotros si así lo deseas… En la Mansión Black tenemos un montón de habitaciones vacías… —comenté esperanzada. La verdad era que la perspectiva de la despedida me asustaba.

¿Y si no volvía a verlo nunca más? No quería decirle adiós tan pronto… ¡Acababa de conocerlo y ya tenía que decirle adiós!

¡Era un asco!

Sentía un agujero a la altura del pecho que dolía, dolía mucho.

Subía hasta la garganta y me apretaba haciendo que me costase respirar. Y, por supuesto, como soy una auténtica nulidad disimulando ciertas emociones, Hiro se dio cuenta.

—Eh, no estés triste. Volveremos a vernos.

—¿Seguro?

—Pues claro. Ahora necesito un tiempo aquí, tengo que hacerme a este nuevo mundo sin el abuelo… He de decidir qué quiero hacer con el resto de mi vida… Pero quiero volver a verte… Me… me encantaría que tuviésemos una cita o algo de eso… No sé si se dice así, la verdad es que no suelo salir con chicas… Ni con nadie… No suelo salir.

Se había puesto rojo como un tomate al decirlo y eso consiguió que sintiese el corazón calentito. Yo tampoco tenía mucha experiencia, pero que se sonrojase me hizo pensar que yo también le gustaba… Eso, y que me acababa de pedir una cita, claro.

—Bueno, supongo que decirlo así es correcto… No es que yo tenga muchas tampoco… Ya sabes, por aquello de ser una Black y tener que salvar el mundo cada pocos días.

Hiro rio ante mi comentario.

—Te prometo que volveremos a vernos —afirmó.

—Te prometo que, si tardas mucho, vendré a buscarte.

—Eso ha sonado a amenaza más que a promesa.

Esta vez me tocó reír a mí.

—Puede que lo sea… —repliqué entrecerrando los ojos.

—Ojalá lo sea.

Una luciérnaga revoloteó entre nosotros, la seguimos los dos con la mirada hasta que desapareció entre las ramas de los árboles.

Hiro me cogió por el hombro y me giró para que lo mirase.

Me saltaron todas las alarmas.

«VA A BESARME —gritaba mi cerebro—. ¿QUÉ HAGO? ¿QUÉ HAGO? ¿QUÉ HAGO?».

No me dio tiempo a decidir cuál era el procedimiento que había que seguir. Apoyó una de sus manos en mi cintura y la otra en mi nuca, y sentí sus labios sobre los míos.

Fue apenas un roce, pero me dejó temblando, al fin y al cabo, había sido mi primer beso.

Después me abrazó.

—Sí, quiero volver a verte —dijo contra mi pelo.

—Vale —repliqué.

Puede que no fuese lo más inteligente, pero en aquel instante no tenía muchas palabras inteligentes en mi arsenal.

Poco después nos unimos de nuevo al resto del grupo.

Habíamos dicho lo que queríamos decirnos y, de momento, no había mucho más que añadir.

A mí me quedaba la esperanza de que nuestra historia acabara de empezar, la esperanza de que nuestra despedida al día siguiente, cuando regresaríamos con los fragmentos del Tomoe y la espada de Muramasa a casa, no sería un punto final.

Y, a veces, tener esperanza ya es suficiente.





JUAN GÓMEZ-JURADO (Madrid, España, 1977) es periodista, licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad San Pablo CEU. Como periodista, su carrera profesional ha pasado por las redacciones de Canal Plus, Cadena SER, diario ABC, TVE y La Voz de Galicia. Colabora con las revistas Qué Leer, Jot Down Magazine y New York Times Book Review y participa en programas de radio y televisión.

Sus novelas (*Espía de Dios, Contrato con Dios, El emblema del traidor, La Leyenda del Ladrón, El Paciente, Cicatriz* y, su más reciente obra *Reina Roja*) se publican en más de cuarenta países, se han convertido en *bestsellers* mundiales y han conquistado a millones de lectores. En Hollywood hay planes para adaptar varias de ellas a la gran pantalla.

Recientemente Juan aceptó el encargo más difícil del mundo de la clienta más dura del mundo, su propia hija, para convertir la historia que le contaba antes de dormir en una saga de libros juveniles: Alex Colt.

BÁRBARA MONTES, psicóloga infantil y lectora empedernida, es

madrileña y ecléctica. Como psicóloga infantil ha dedicado muchas horas a uno de los problemas más acuciantes de la sociedad contemporánea, la decreciente capacidad de atención de los niños. Eso la empujó a escribir novelas para ellos, y finalmente a la literatura para adultos.

Vive en Madrid junto a su marido Juan Gómez-Jurado.